

MARTÍN DEDEU

EL PECADO ES LA MISERIA

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Argentino
de Buenos Aires
la noche del 22 de Marzo de 1904



BUENOS AIRES
Imprenta y Casa Editora de Adolfo Grau
960—MORENO—960
1904



EL PECADO ES LA MISERIA



Al distinguido dramaturgo, buen amigo, an-
tiguos alumno y verdadero intelectual Enrique
García Vellbos, el autor

MARTÍN DEDEU

22. Enero 1906

Martín Dedeu

EL PECADO ES LA MISERIA

—●—

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Argentino
de Buenos Aires
la noche del 22 de Marzo de 1904



BUENOS AIRES
Imprenta y Casa Editora de Adolfo Grau
960—MORENO—960
1904

PERSONAJES

MOISÉS, mendigo de 60 años... Sr. Peña, Gerardo
MAGDALENA, su hija 19 años..Sra. Cuello, Maria
EUSTAQUIA, 65 añosSra. Zamora, Luisa
PADRE INOCENCIO, 70 años.... Sr. Verdier, Julio
PASCUAL, obrero..... Sr. Ruax, Aniceto
ARTURO, joven elegante..... Sr. Martínez, Antonio
CARLOS, joven elegante..... Sr. Linares, Luis
LA PELADA, mendiga 40 años..Sra. Vera, Soledad
PATRICIO, mendigo 40 años.... Sr. Hernando, Félix
EL GALGO, mendigo cojo 30 años. Sr. González, Antonio
Un oficial de policía..... Sr. Aranzaz, Francisco
Un agente—Personas de ambos sexos

Acción en Buenos Aires — Epoca actual



ACTO PRIMERO

Decoración de calle.—A la derecha (1), y en primer término, una Iglesia con atrio y algunas gradas.—En frente de la misma, y algo más al fondo, un «Bar». Como ha de representar la decoración el entrecruce de dos calles, deben distinguirse cuatro esquinas: una corresponde á la Iglesia y otra al «Bar».

ESCENA I

MAGDALENA—EUSTAQUIA—Inician el diálogo caminando; se detienen luego, á la izquierda

EUSTAQUIA

Desengáñate, Magdalena; ya es hora de que te decidas á seguir mis consejos. La gracia y la juventud pasan pronto, y la que hoy puede hallar un buen partido que la salve de la miseria y del hambre, mañana con sus arrugas y canas no tendrá más salvación que el trabajo sin recompensa, y por amparo la limosna.

MAGDALENA

Pero, ¿qué he de hacer, señora Eustaquia?

EUSTAQUIA

Me gusta la pregunta. Debes atender las indicaciones de algunos de estos jóvenes que te asedian. No á tontas y á locas, que podrían dar con algún pillo, sino las de aquel que te recomendará mi experiencia. Sin ir más lejos, Arturito podría convenirte.

(1) La del espectador.

MAGDALENA

¿Y quién es ese Arturo?

EUSTAQUIA

Magdalena, pareces boba. ¿No te has fijado en aquel joven de bigotito rubio, buen mozo, paliducho, que ronda tu casa, y que ayer nos siguió cuando regresábamos de la mercería? Pues éste anda suspirando por tus andares.

MAGDALENA

Y, usted, ¿cómo lo sabe?

EUSTAQUIA

Eres una palomita sin maldad. Pues mira; para que veas que ahora como siempre me intereso por tu dicha, sabe que después de dejarte en tu casa, me dirigí hacia la esquina, haciéndome la distraída, y al momento, pidiéndome mil disculpas, y en un tono fino y zalamero, me detuvo Arturito para preguntarme quién eres, si yo era tu madre, cómo te llamabas, y casi sin darme tiempo para contestarle me hizo un acabado elogio de tus prendas.

MAGDALENA

¡Si casi no me conocel

EUSTAQUIA

No importa, hija. Tú has de saber muy bien, y las novelas están llenas, de amores que nacen de una mirada. ¿No has leído nunca de ricos que se enamoran de costureras y que hasta les ofrecen su fortuna? (Señal de asentimiento de Magdalena). Claro que sí, y ó yo me engano mucho ó Arturo te quiere de veras.

MAGDALENA

Para satisfacer sus vicios, seguramente. No, no, señora Eustaquia, mi padre se moriría de pesar y de vergüenza.

EUSTAQUIA

Quien mata á tu padre eres tú misma, que por una mala idea de honradez le condenas á una miseria constante, y no lo libras de la bajeza de pedir limosna. ¿Qué consigues con tu trabajo de costura? Nada. Bien sabes que más de una vez el afecto que te tengo, y que no mereces por ingrata, ha impedido que os acostarais sin cena. Ayer mismo tuve que darte. . .

MAGDALENA

(Interrumpiendo y lloriqueando). Ya lo sé y sabe Dios cuánto se lo agradezco.

EUSTAQUIA

Bueno, bueno; no quiero lloros que estropearían estos ojos, que son un encanto por su dulzura y belleza. Déjalo todo por mi cuenta. Yo ya lo arreglaré todo de manera que salvéis vuestra angustiosa situación sin escándalo, y sin que nadie se entere del paso á que te ves forzada. ¿No comprendes, Magdalena, que no podéis seguir así? Cuando trabajas, que no es toda la semana, ganas escasamente un peso por día, y aunque le agregues los pocos centavos que consigue Moisés de la caridad pública, todo ello no basta para comer y vestir, para luz y habitación. Ya sabes lo que ha ocurrido con el alquiler de este mes: si no intervengo os echan á la calle sin misericordia.

MAGDALENA

No olvido, señora Eustaquia, cuánto le debemos; trabajaré noche y día para pagarle; pero mi padre, mi buen padre, que no se entere; y ahora que el pobrecito está tan enfermo del corazón!

EUSTAQUIA

¡Si yo no quiero que se entere de nada, hijita! Habría que oírle. Su odio á la Socie-

dad, ¡qué sería si supiese que ni la limosna ni el trabajo matador de su hija bastan para pagar el miserable tugurio en que vivís hacinados!

MAGDALENA

¿Y qué será cuando sepa que he buscado la salvación perdiendo el honor y manchando su nombre?

EUSTAQUIA

Calla, calla, Magdalena; si no ha de saberlo tampoco! Además, no sigas por el camino del sentimentalismo. Hojarasca pura se llama á todo eso. Todos tenemos derecho á vivir, dice tu padre con razón. Quién vive de sus rentas, quién de su habilidad, quién de sus trampas; y nosotras, las pobres mujeres, las desheredadas, las hijas de la desgracia ó de la miseria, de nuestro cuerpo. Así es el mundo, y así será mientras no vengan esos locos, esos amigos de tu padre á ponerlo todo patas arriba. (Con iónica sonrisa).—(Transición). Y ahora basta de charla inútil, hijita mía. Es cosa hecha. Hablaré á Arturo; le haré presente cuán grandes han sido tus escrúpulos; que la necesidad ha vencido á la virtud; que mañana á las siete de la tarde, hora en que tu padre no estará en casa, vaya por allá.

MAGDALENA

(Rápido). No, no; tan pronto no.

EUSTAQUIA

(Con imperio). Sí, sí, hay ciertas cosas que deben hacerse sin pensarlas mucho. Yo estaré presente en vuestra entrevista, y todo marchará como una seda. (Pausa). Ahora vete á devolver tu costura, que más tarde iré á verte para terminar los detalles del... del... (Sin encontrar la palabra) negocio. Adiós.... ¿eh? (Tocándole la cara). Alegra esta carita de cielo. (Vase por la derecha Magdalena, caminando como una autómata, triste y pensativa).

ESCENA II

EUSTAQUIA

Blanducha es la chiquilla; es cierto que nunca ha tenido mucha fuerza de voluntad... Y es guapa y apetitosa... ¡Qué suerte la de este pillo de Arturo! Tiempo ha que la deseaba; pero era necesario dar salida á otras y preparar el terreno para que la ganancia fuera mayor. Buenos pesos le llevo sacados á este calavera endiablado; pero la posesión de Magdalena le costará... Ahí viene. Mucha diplomacia. Eustaquia.

ESCENA III

ARTURO vestido con elegancia—EUSTAQUIA

ARTURO

¿Y...? (Como interrogando acerca de Magdalena).

EUSTAQUIA

Es muy arisca, don Arturo. He agotado todo el repertorio de mis razones, y no he conseguido otra cosa que ligeras esperanzas.

ARTURO

Esto no puede ser; ya es cosa sabida que en donde pones el anzuelo, pesca segura.

EUSTAQUIA

No lo crea. La pesca se hace difícil, porque las pescadoras son muchas. (Con risita sardónica).

ARTURO

Tu habilidad ¡oh insigne Eustaquia! te hace muy superior á toda competencia. (Pausa). Pero mira, llamamos la atención. (Por algunos transeuntes que cruzan la calle). Allí cerca del atrio no han de verme conversar contigo. (Cruzan la calle para pasar á la derecha).

EUSTAQUIA

No saldría perdiendo nada, joven delicado.
(Con ironía).

ARTURO

Eso á tí no te importa, lenguaraza.

EUSTAQUIA

(Con ademán de irse). Pues busque otra que lo atienda, angelito. (Irónico).

ARTURO

(Deteniéndola). No se ofenda, buena pieza, que todo es broma; y vayamos á lo que importa.

EUSTAQUIA

Ya le he dicho que la fruta está verde, y que no hay más medio para que madure pronto que... (Ademán, con los dedos, de dinero).

ARTURO

El dinero, ¿eh? (Saca de la cartera un billete). Toma cincuenta pesos á cuenta de otra cantidad mayor, con tal de que me vea pronto con esta chiquilla.

EUSTAQUIA

Pondré todo mi empeño para que mañana tenga usted una entrevista de presentación con ella; pero antes véase conmigo en casa para indicarle la hora. Me falta advertirle que la muchacha es tierna y sencilla; que ganará su corazón pintándole afectos nobles. Aunque no tiene carácter y es de voluntad muy quebradiza, no lograría sus propósitos con aires de conquistador y de galante audaz. La hará usted suya, ofreciéndole su amistad protectora y asegurándole con suma delicadeza que la compasión y el amor le han acercado á ella.

ARTURO

Se hará como tú dices, por más que me temo que tu Magdalena será como tu Adela, ó tu Albertina, ó como Julia, que me pintaste como un prodigio de inocencia y de pureza y ha resultado una locuela desenfrenada.

EUSTAQUIA

No, don Arturo; Magdalena es un ángel de bondad y dulzura, que no merece usted, mala cabeza. La conocí cuando tenía cuatro años. A los dos días de llegar de España, Moisés y ella, el padre se enfermó de viruela negra, y conducido al hospital, la hija, la hermosa Magda, como el padre le llama, fué recogida por mí, durante los tres meses que duraron enfermedad y convalecencia. Salió sin vista del hospital, Moisés, y como durante mucho tiempo fué su vecina, cuando el padre se vió obligado á recurrir á la caridad pública para dar techo y pan á Magdalena, la tenía no pocas horas en mi casa. Ya ves si sabré lo que vale; si casi le doy una hija mía.

ARTURO

Y... (Con signo de dinero) costaría mucho una hija de veras. (Vase riendo hacia el fondo).

EUSTAQUIA

(Riendo). Mucho, mucho, sinvergüenza. (Vase por la izquierda).

ESCENA IV

CARLOS—ARTURO—Al dirigirse hacia el fondo sale del «Bar» de la esquina **CARLOS**; los dos amigos se saludan con mucha familiaridad, y se adelantan conversando.

CARLOS

Adiós, querido; ¿cómo estás?

ARTURO

Bien, Carlitos; y alegre como unas castañuelas.

CARLOS

¿Sí, eh? Imagino la causa; algún enredo afortunado con Eustaquia.

ARTURO

Acertaste, y en justa compensación te contaré..... pero no aquí, en el «Bar», mientras tomamos el té. Vamos.

CARLOS

De él vengo, y la salida (Por la gente de la Iglesia) está próxima. Hace más de media hora que comenzó el sermón.

ARTURO

Nos queda tiempo todavía. Vamos. (Del brazo entran en el «Bar»).

ESCENA V

LA PELADA y el GALGO, que es cojo, salen por lados distintos con dirección al atrio

LA PELADA

Con los veinte centavos de este vejestorio (Señalando adentro) y con los sesenta que llevaba recogidos son setenta..... ochenta, y lo que caerá en San Nicolás, llego al peso, vaya si llego. Con el Pardo y la Rácula esta noche jurga mojada con un litro de la buena. (Sube hasta lo alto de las gradas).

EL GALGO

(Saliendo). ¡Qué perro día! Dos *niqueles* de cinco y un cobre roñoso forman mi capital de hoy. (Sube también hasta lo alto de las gradas, y al ver a La Pelada, dice:) Buenas tardes, Pelada. Ha llovido fuerte, ¿eh? se te conoce en la cara. Yo en cambio no he recogido ni para puchos.

LA PELADA

El oficio se pone imposible, Galgo. Tengo los huesos molidos de tanto andar, y nada, unos cuantos cobres puercos, dos pedazos de pan de segunda, más duros que el alma de la vieja que me los dió, y de *niqueles* ni por el forro. ¡Ah! como *cambean* los tiempos.

EL GALGO

Tienes razón, Pelada. Años atrás uno se sacaba de la limosna algo con que calentar el vientre, mas ahora, si bebes no comes, y si gastas en pan no llega en tu buche una mala copa. ¡Maldita sea mi suertel La cabeza debía romperme y no la pierna al caer del andamio.

LA PELADA

Calma, ya vendrá la gorda. Según dice Pedro el Sacristán, cualquier día amaneceremos con que tocan á repartir, y ya verás entonces como nos ponemos las botas.

EL GALGO

Eres una *bruta*, si crees en estas *papas*. Ya se darán maña los ricachones en no dejarse *calotear* la breva. ¡Mil rayos! Hay para desesperarse. (Pausa, y con ira reconcentrada): Mira, Pelada, quisiera que el mundo fuera una bola de vidrio para destruirlo á patadas. (Golpea con un pie).

LA PELADA

Pues te aseguro que te ayudaría de buena gana.

ESCENA VI

EL GALGO—LA PELADA—MOISÉS que se adelanta con lentitud, guiándose por medio de un bastón. Camina en dirección á la Iglesia y se sienta en el primer escalón, y en un extremo. Pausa.

LA PELADA

El viejo Moisés viene hoy, después de tantos días. (Pausa). Este es más dichoso que nosotros.

EL GALGO

¿Por qué?

LA PELADA

(Con maligna sonrisa). Porque su hija ya es moza y no de mala estampa, y pronto... ¿entiendes? Buenas tardes, Moisés. (Este se sienta).

MOISÉS

¿Eres tú, Pelada? ¿y el Galgo?

EL GALGO

Aquí estoy bufando como un toro.

MOISÉS

¿Qué te pasa?

EL GALGO

Que con pocos días como hoy tendré que robar si no quiero morir de miseria.

MOISÉS

¿Tan mal te va?

LA PELADA

Como á todos.

MOISÉS

Es cierto. Condenados á arrojar en el fango nuestra dignidad pidiendo limosna, ni siquiera nos cabe la dicha de defendernos del hambre.

ESCENA VII

DICHOS—PATRICIO, con cierto temor, busca colocación conveniente en las gradas

PATRICIO

(Con mucha humildad). Buenas tardes, hermanos.

LA PELADA

Muy malas las vas á tener si decides quedarte aquí. Vete á tus barrios.

PATRICIO

Tengan lástima; todavía no me he estrenado.

EL GALGO

Y á nosotros, ¿qué nos importa?

PATRICIO

Salí hace poco del hospital y de todas partes me echan.

LA PELADA

Pues de aquí largo también, que nos quitarías lo que es nuestro.

MOISÉS

Haya paz.

LA PELADA

Es un *entruso* desvergonzado.

MOISÉS

Calla, mala mujer; si hay derecho á la limosna, lo tiene como tú.

EL GALGO

Silencio, que sale gente.

LA PELADA

(A Patricio con ira). Mejor harías en avisar la *extremación*.

ESCENA VIII

De la Iglesia empieza á salir gente de ambos sexos, predominando las mujeres. La salida se hace con lentitud, para dar tiempo al diálogo entre ARTURO y CARLOS, que habrán salido del «Bar» para presenciar el desfile. Los pobres reciben algunas limosnas. Se forman algunos grupos que se disuelven en seguida. Esta escena ha de ser muy movida, procurando que el número de fieles sea numeroso.

PATRICIO

(A una señora). ¡Que Dios se lo pague!

CARLOS

(Este y Arturo saludan con el sombrero á una madre é hija). Linda está la de López.

ARTURO

Cuál, ¿la madre ó la hija?

CARLOS

Amparito es una monada; pero la madre, doña Pancha, es una hermosura todavía.

ARTURO

Cosa que siente mucho su marido. (Con malicia).

EL GALGO

(Por una limosna). ¡Que Dios se la aumente!

LA PELADA

(Por otra, y con voz gangosa). ¡Dios le dé salud! (Moisés, que está sentado, tiene la mano extendida y sin pronunciar palabra recibe algunas monedas durante el desfile).

CARLOS

Ahí tenemos el viejo Romualdo con su gallarda doña Mercedes cosida á los faldones de su levita.

ARTURO

Es un Otelo terrible.

CARLOS

El pobre, con sus millones, no ha logrado ganarse á su mujer, que se la pega.....

ARTURO

Sí, ya sé, con uno que yo conozco. ¡Ah pillín!

CARLOS

Te juro que hasta ahora.....

ARTURO

¿No se ha rendido la plaza?

CARLOS

El sitio es riguroso. Hay que esperar una distracción del enemigo.

ARTURO

Adiós, don Romualdo. (Saludando).

CARLOS

Adiós, Merceditas. (Esta que pasa cerca de Carlos le dirige una mirada cariñosa. Terminado el desfile, a la mencionada pareja la siguen los dos jóvenes, no quedando en escena más que los mendigos).

ESCENA IX

P. INOCENCIO—MOISÉS—PATRICIO—LA PELADA y EL GALGO. Estos últimos bajan la escalera y tras de ellos el P. Inocencio.

P. INOCENCIO

Hola, hola, picaronazos. La cosecha ha sido buena, ¿eh? (Con bondadosa alegría).

LA PELADA

No lo crea, padrito. La gente es muy poco compasiva.

P. INOCENCIO

Es pecado murmurar. Toma estos veinte centavos, y cuidadito con levantar el codo, porque si no mienten mis informes, lo haces á menudo.

LA PELADA

¡Ay! padrito, eso son *calumnias* infames. (Con fingido lloriqueo).

P. INOCENCIO

Está bien, más vale así. (Pausa). Toma, Galgo, tu parte. (Le da una moneda). Y ese (Reparando en Patricio) pobrecito, qué pálido está. (Aparte).

LA PELADA

Es un *entruso*, hay que echarlo.

P. INOCENCIO

A quien habría que echar sería á tí. Vete, si no quieres que me enoje de veras. Mira que soy terrible cuando me enfado! (Con ridícula amenaza).

LA PELADA

(Aparte). Lo que eres un infeliz. (Alto). ¿Te quedas, Galgo?

EL GALGO

No, me voy contigo.

(Vanse juntos por la izquierda).

ESCENA X

P. INOCENCIO—PATRICIO—MOISÉS

P. INOCENCIO

(A Patricio). ¿Estás enfermo?

PATRICIO

Convaleciente, padre. Hace tres días salí del hospital.

P. INOCENCIO

¿Y no tienes hogar ni ahorros?

PATRICIO

Ahorros no logré tenerlos cuando sano. Mi trabajo de albañil, escaso y mal retribuido, no lo permitió. (Tose).

P. INOCENCIO

Pero casa.... familia....

PATRICIO

La tuve. Mi mujer, cansada sin duda de la vida de miseria, á los pocos días de enfermarme huyó con un amigo mío, muriendo á los tres meses.

P. INOCENCIO

Pobrecito; ¿no cuentas con nada?

PATRICIO

(Con amargura). Sí, con el asma que me ahoga. (Un acceso de tos).

P. INOCENCIO

Toma, toma, desgraciado. (Le da algunas monedas). Yo velaré por tí... Pero, hijo mío, cómo andas de ropa. Tu pantalón es un pingajo.

PATRICIO

Ayer vendí mi traje de casamiento para pagar mi cuarto.

P. INOCENCIO

(Hablando consigo). Lo malo es que yo no tengo que darle. (Alto, y en un arranque repentino). Espera, voy á darte un pantalón.

(Entra en la Iglesia).

ESCENA XI

PATRICIO — MOISÉS

PATRICIO

(Se acerca á Moisés). Buen viejo, gracias por tu intervención á favor mío.

MOISÉS

¿Sufres?

PATRICIO

¡Oh, sí, mucho!

MOISÉS

¡Ah! entonces eres mi hermano. (Pausa).

PATRICIO

Este cura es un santo.

MOISÉS

¿Cuál?

PATRICIO

El de esta parroquia.

MOISÉS

No le conozco.

PATRICIO

¿No mendigas siempre aquí?

MOISÉS

Sí; pero he dejado de venir ocho días. Un ataque al corazón me postró en cama.

ESCENA XII

P. INOCENCIO—PATRICIO—MOISÉS

P. INOCENCIO

(Con infantil alegría). Ya tenemos pantalón. Mira. (Mostrándosele) no está en mal estado. De medida creo que ni pintado. (Se lo da).

PATRICIO

Está caliente todavía. Padre, es el que llevaba usted puesto; ¿no es verdad?

P. INOCENCIO

(Ruborizado). No.... digo, sí; ¿no lo quieres? ¿tienes escrúpulo?

PATRICIO

¡Oh! no, no; gracias; cuán bueno es usted, padre. (Tose).

(Moisés se levanta para irse).

P. INOCENCIO

Bien, bien. (Gozoso se resfrega las manos). Eso no es nada. Vaya, ahora, adiós. (Tocándolo en un hombro con cariño). No dejes de venir por acá, ¿eh?

(Vase Patricio.—Moisés que se retiraba poco á poco es detenido por el cura).

ESCENA XIII

P. INOCENCIO—MOISÉS

P. INOCENCIO

Moisés; te llamas así ¿no es verdad?

MOISÉS (dando vuelta)

Así me llaman, no es este mi nombre. (Seco).

P. INOCENCIO

Ya entiendo, es un chiste sin gracia de algún desocupado malicioso.

MOISÉS

Me bautizó así, debido quizá á mis barbas, un estudiantillo del hospital.

P. INOCENCIO

Y el nombre gustó, y con él te has quedado. ¡Je, je, je! (Riéndose con candidez).

MOISÉS

¿Me has detenido para burlarte de mí? (Algo picado). Y tú, ¿quién eres?

P. INOCENCIO

(Naturalísimo). Perdona si te ofendí. Soy tu amigo.

MOISÉS

Habla, pues.

P. INOCENCIO

Soy quien compadecido de tus infortunios viene á ofrecerte su mano caritativa.

MOISÉS

Te conozco; eres el cura que hace un momento repartiste limosna, y que á un desgraciado le entregaste tus....

P. INOCENCIO

(Interrumpiéndole). No se trata de esto. Soy el párroco de esta iglesia desde hace unos cuantos días; soy el que deseoso de remediar en la medida de sus fuerzas los males de los feligreses de la parroquia, acude á tí para darte un consuelo y un amparo. ¡Pobrecito ciego! ¡cuánto debes sufrir!

MOISÉS

No sufro; tengo ira. (Enérgico).

P. INOCENCIO

Calla, pecador. La resignación cristiana es una de las virtudes más hermosas.

MOISÉS

La resignación es la virtud de las bestias de carga; es el obstáculo de todos los progresos sociales.

P. INOCENCIO

Calla, calla, desgraciado. Hay que disculparte si el profundo dolor de la ceguera te arranca estos conceptos desesperados; pero no olvides, hijo de mi alma, que siguiendo por el atajo del Calvario el camino del cielo

es más corto y más seguro. No, no; has de oírme. (Al quererle interrumpir Moisés). Es necesario arrancar de tu alma esta planta ponzoñosa, antes de que la extensión y la potencia de sus raíces ahoguen la perfumada flor del bien y de la virtud. La ira lo ennegrece todo; la paciencia, en cambio, es luz inextinguible, faro que nos dirige al puerto de la dicha, de la felicidad humana. (Transición). ¡Mi pobre ciego! Ya no recorrerás estas calles con tus desdichas al hombro, expuesto constantemente á ser víctima de vehículos y pilluelos. (Otra transición). Alegra esta faz melancólica, porque has de saber que voy á llevarte al «Asilo del Salvador», donde encontrarás alimento para tu cuerpo y reposo para tu espíritu. Espera todavía. (Por otro movimiento de Moisés). ¿Tú no sabes lo que es este Asilo? (Con creciente alegría). Pues mira, es un verdadero palacio, levantado por la caridad argentina. Tendrás en él por albergue un blanco y limpio pabellón con vistas á unos jardines, que perfuman multicolores florecillas y que alegran las aves del cielo. Las hermanas de la caridad, ángeles de la tierra, cuidarán con cariño inagotable á Moisés, que no tendrá más obligación que hacer coro con sus oraciones á las alabanzas que en el Asilo se levantan al Hacedor Supremo. Dime, ahora, ¿no es esto lo que ambicionas?

MOISÉS

Te agradezco tu buen deseo; pero...

P. INOCENCIO

(Interrumpiendo). ¿Pero qué?

MOISÉS

Muy sencillo; que no voy al Asilo.

P. INOCENCIO

(Desolado). ¿Cómo es eso?; tú estás loco; se te tiende la mano para levantarte y la rehusas con imprudencia.

MOISÉS

Yo estimo tu buena intención; pero no acepto tu propuesta. No, de ningún modo; á la caridad ya le he cedido la vergüenza; no puedo, no, cederle mi libertad.

P. INOCENCIO

¡Oh! te entiendo, viejo vagabundo. (Movimiento de cólera en Moisés). No me importa tu enojo; si te duele que te duela; he de decirte la verdad aunque te levante ampollas; los cauterios quemar, pero curan. ¿Con qué te avergüenza la limosna, y huyes del Asilo que la Sociedad compadecida te ofrece?....

MOISÉS

(Interrumpiendo). ¡La Sociedad compadecida! (Con sonrisa burlona). No hables de ella, clérigo ignorante. ¿Tú crees que la Sociedad es compasiva, obligándome á optar, si no quiero morir de inanición y frío, entre la miseria arrastrada por las calles y la miseria de iniciativas y de libertad de sus asilos? ¿Compasiva la Sociedad, cuando se basa en el privilegio y en la injusticia y establece castas irritantes con derechos que varían según la posición de sus afiliados? ¿Compasiva la Sociedad, cuando está organizada en beneficio de unos cuantos afortunados, que en el festín de la vida, pletóricos y ahitos, arrojan á los pobres las migajas, y acallan el hambre del desheredado con la bazofia que no comerían sus perros favoritos?

P. INOCENCIO

Habla por tí la desesperación, que es mala consejera. Ofuscada tu inteligencia por la miseria y el dolor, achaca á la Sociedad culpas que no tiene.

MOISÉS

(Con reconcentrada energía). Oye, escucha, pobre sacerdote. Todavía imberbe, en los claustros

de la universidad de Barcelona, condenaba ante mis compañeros de estudio la organización de esta Sociedad que tú defiendes. La ojeriza de no pocos profesores, partidarios de vetustas doctrinas, y más que nada la muerte de mi padre, que me dejó sin recursos para proseguir mi carrera, me lanzaron al periódico, sin hacerme flaquear las persecuciones y la cárcel. Lleno de fe en mis ideales, organicé clubs, promoví huelgas, hice la guerra al capital, y acosado por éste, cruel en su victoria, para defender mi cabeza en peligro crucé los mares, sin más compañía que una hijita de cuatro años, huérfana de madre; y aquí, casi sin tiempo de posar mi planta, vime sumido en un lecho de muerte en el hospital, donde, si salvé la vida, fué á cambio de mis ojos, y en donde no podía verme aquel angelito de mi corazón, que á gritos llamaba á su padre. (Emocionado).

P. INOCENCIO

¡Desventurado!

Moisés

Esto es poco todavía. Ciego ya, privado de recrear mi vista en las hermosas facciones de mi Magda, en los ricitos de oro de sus cabellos y en la candorosa sonrisa de sus labios de grana, paria de la fortuna, he recorrido las calles de esta ciudad inmensa, sin más guía que este cayado (Alzando el bastón), en busca del centavo de la vergonzosa limosna, para satisfacer el hambre y para pagar la miserable covacha en la cual vivimos.

P. INOCENCIO

(Enternecido). ¡Pobre, pobre Moisés!

Moisés

Y tan sólo durante unas cuantas horas de eso que vosotros llamáis noche, noche eterna para mí, sentaba á Magda en mis rodillas, y

con ternura infinita oía los balbuceos de su inteligencia precoz, y con el pecho henchido de cólera, las quejas de la inocente zaherida de chicos y grandes, por ser hija de un por-diosero ciego y de un loco revolucionario. Y mi hija, mi pobre Magda, sin probar los dulces goces de los juegos infantiles, condenada muy pronto al duro trabajo de la costura, y á emplear su manecita en dirigir la aguja y no en dar vuelta á las hojas de un libro que la instruyera. Y así se han pasado muchos años; y hoy viejo y achacoso vivo del trabajo de Magda, que acorta su vida para alargar la mía miserable. Esa, esa es la obra de la Sociedad por tí alabada, por tí enaltecida.

P. INOCENCIO

No seas injusto, buen viejo. La Sociedad deplora estos males, y trata de remediarlos con el único medio á su alcance, con la caridad.

MCISÉS

¡La caridad! ¡si una de sus formas principales, la limosna, es un sarcasmo inaudito! (Con creciente exaltación). ¿Quién es la Sociedad para ofrecerme lo que es mío? Me arroja de su seno, bajo el pretexto de que soy inútil, y me condena á vivir de su munificencia y á estarle agradecido por su amparo. ¿Qué títulos son los suyos para disponer á su antojo de la riqueza, y distribuir los hombres en pobres y ricos, en potentados y miserables? ¿Qué fundamento de justicia hay en esta separación? ¿Valen más los hijos del capitalista, nacidos entre blondas, que los del jornalero, entre harapos? Y si nacen inermes del claustro materno, ¿por qué la Sociedad permite que el placer y el lujo acompañen á uno, y el cortejo del otro sea el dolor, la ignominia y la miseria?

P. INOCENCIO

Esas diferencias son hijas de nuestro desigual carácter, de nuestra diversidad de facultades. La naturaleza, en medio de su unidad, es varia. Pone el talento al lado de la ignorancia; junto á la iniciativa la dejadez, y con la actividad la pereza, y es claro, pues, que han de encontrarse jerarquías entre el poder y la riqueza.

Moisés

¡Cómol ¿De esto haces argumento, tú, el ministro de un Dios de justicia, ministro del Nazareno, que repetía «todos los hombres sois hermanos»? Calla, calla; y sabe que el talento es una cualidad relativa, y cada hombre, dentro de su esfera, dentro de su ocupación, puede ser un talento. De hombre á hombre va cero. En la colmena social no debe haber clases privilegiadas. El trabajo en común, y en común el goce de sus frutos; así lo demandan la equidad y la justicia.

P. INOCENCIO

No, no y no. Esta igualdad que preconizas es imposible. Ven acá, iluso infeliz. Con tu sistema, ¿qué sería del sacrificio, de la heroicidad, de la continencia, del ahorro y de todas las virtudes, si suprimes el motivo de su ejercicio? Sin el acicate de la compensación material, sin el estímulo de la mayor jerarquía, en una Sociedad en la cual todo es de todos, nuestra actividad, debilitándose gradualmente, acabaría por petrificarse.

Moisés

Yerras, clérigo, porque la inteligencia y la voluntad hallan el estímulo en su propia naturaleza.

P. INOCENCIO

¿Cuál es?

MOISÉS

El afán constante de saber y de progresar.

P. INOCENCIO

Y su satisfacción, ¿dónde la hallan?

MOISÉS

En el deber cumplido.

P. INOCENCIO

No, y mil veces no. Tu sistema (Con cierta agitación) mataría la virtud que más apasiona mi alma. ¡Oh! tú no conoces la dicha inefable del ejercicio de la caridad, incalculablemente superior á todos los goces de la tierra. La caridad es raudal perenne (Exaltándose) de lo grande, de lo heroico, de lo extraordinario; es luz que guía, frís de paz, bálsamo consolador, himno que entona la fraternidad triunfante. Perdonar las injurias sin investigar su origen, besar la mano que abofetea, sofrenar la pasión que ofusca el alma, domar la carne que bestializa, y más que nada, revolucionario impenitente, buscar lágrimas para enjuagarlas, es digno del hombre, más, mucho más que predicar el odio y el exterminio contra una Sociedad que es lo que es porque no puede ser otra cosa. ¡Si para redimirla vertió su sangre el Manso Cordero! ¡Si por la paz, la mansedumbre y la caridad se produjo la espantosa tragedia del Calvario! ¿Valen tus filósofos lo que Isabel de Hungría, que vende su manto de reina para dar pan al necesitado, lo que San Francisco, curando á los leprosos, ó lo que el rey Luis, muriendo con los apesados?

Moisés

Eres un gran corazón en una mezquina inteligencia. Quieres concluir la miseria, y con la limosna la vivificas; quieres establecer la fraternidad sobre el privilegio del nacimien-

to; quieres cimentar la paz sobre los odios de castas, y quieres fomentar el amor sobre la desigualdad de la fortuna. ¿Quién es el iluso? ¿Cómo evitar el robo, si creas la pobreza y el hambre? ¿Cómo suprimir el crimen, si el peso de la ley es para el débil? ¡Inocente! ¿Has creído dignificar esta Sociedad corrompida hablándome del «Asilo del Salvador», donde pretendías encerrarme á nombre de la caridad cristiana? ¿Crees hacer mucho para el progreso social vistiendo con tus calzas al desnudo? ¡Infeliz! ¡Si el pecado es la miseria! ¿Cómo disminuir el mal, degradando su origen con la limosna? Suprime la causa y suprimirás el efecto. Da limosna, si con esto satisfaces un deseo noble; pero no te concretes á ella, porque, concediéndote mucho, remedias el mal en parte pequeñísima; predica, no la caridad, sino la justicia conmutativa. Partidario de la fraternidad universal, ataca el privilegio donde lo encuentres; condena el capital donde lo halles; demuestra al rico que vive en la injusticia y al pobre en la baja.

P. INOCENCIO

Basta, ten la lengua, infeliz, un ministro de Dios no siembra odios.... Oye....(Perplejo); pero no; basta.... Toma. (Le pone una moneda en la mano, y se la cierra). Adiós, y que El te inspire. (Con paso rápido se dirige á la Iglesia, pero en la mitad de las gradas se detiene como acosado por una idea tenaz; desechándola dice): No, no; está loco, loco, loco!

MOISÉS

(Que se ha detenido un momento). ¡Pobre cura! (Movimiento de lástima con su cabeza). ¡Está ciego, ciego, ciego!

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación de MOISÉS, sumamente pobre. Dos catres, uno en cada parte lateral: el de la derecha, aislado por medio de cortinas. Puerta única: la del fondo. Un baúl y algunas sillas.

ESCENA I

MAGDALENA, cose distraidamente, dejando á menudo su trabajo, junto á una mesa alumbrada por una lám para de petróleo.

MAGDALENA

(Como si reanudara un monólogo). ¡Oh! sí, mi sacrificio se impone. . . . No hay medio de salir de esta espantosa situación. La miseria apretaba, pero después de ocho días de cama nos ahoga. (Pausa). Sus achaques y dolencias lo desesperan, porque se ve inútil para ayudarme con eficacia. . . . ¡si mi trabajo no basta ni para pagar las deudas!—y el pobrecillo desmejora y envejece rápidamente, y su cabeza, cada vez más agachada, parece pedir á la tierra que le llame á su seno cuanto antes. ¡Pobre padre mío! (Enjugándose una lágrima. Pausa). (Reaccionando). No, no; basta de dudas; seré una perdida, una infame, me revolcaré en el vicio, me echaré en los brazos de la impudencia, todo, todo, pero tú tendrás lo necesario. . . . esto sería poco. . . . lo superfluo. ¿No dice Eustaquia que mis encantos son muchos y que es mucho lo que valen? Pues los venderé al mejor postor, al que dé más, á peso de oro, á ese Arturo. . . . (Tapándose la boca y mirando por todos lados). ¡Oh! no puedo más, me vuelvo loca. (Llorando). Yo siento algo que pro-

testa aquí (Golpeándose el pecho); algo que se su-
 bleva, y que á gritos me recuerda las ideas
 de virtud que me ha inculcado mi padre.
 (Pausa). ¡La virtud! (Con irónica sonrisa). ¡Si yo
 quiero ser virtuosa! quiero hallar en el
 trabajo pan y techo para mi padre, librarlo
 del suplicio de la limosna, restaurar su salud
 con el descanso, curarle el corazón, su cora-
 zón tan grande que no le cabe en el pecho;
 pero no puedo no puedo (Desolada).
 ¡Si lo que saco del trabajo es irrisorio!
 (Llorando. Pausa). Es cosa resuelta. Recibiré sus
 caricias agradecida, bendeciré al hombre que
 me arrancará con la honra las ilusiones más
 santas de mi vida; y como el perro lameré la
 mano golpeadora, pero que es la misma que
 con el pan acalla el hambre, Sí, sí, todo esto
 haré y aun más si es necesario. (Como respon-
 diendo á una idea persistente). ¿Que no seré virtuosa?
 ¿Que no seré honrada? ¡Vaya si lo seré!
 ¡¡Miente, miente y miente, quien diga lo con-
 trario!! (Apoya sus codos en la mesa, y escondiendo su
 rostro entre sus manos, llora amargamente).

ESCENA II

PASCUAL—MAGDALENA—Pascual contempla desde la
 puerta por breves momentos á Magdalena

PASCUAL

¿Magdalena?

MAGDALENA

¿Eh? (Secándose rápidamente las lágrimas). ¿Quién
 me llama?

PASCUAL

Pascual. ¿Y tu padre?

MAGDALENA

Salió ya. (Con cierta sequedad, deseosa de quedar
 sola).

PASCUAL

No vine por él antes, por estar ocupado toda la tarde en busca de trabajo, que he conseguido afortunadamente. (Con cierta alegría; al adelantarse ve la cara compungida de Magdalena, y alarmado dice): ¿Qué te pasa Magdalena? ¡Tú has llorado! ¡Me ocultas algo! ¿Está enfermo tu padre? (Con movimiento instintivo dirige la mirada al lecho de Moisés).

MAGDALENA

No, no es esto; he llorado, es cierto... (Toma la costura y se dispone á coser para disimular su emoción) pero... ahora ya estoy tranquila.

PASCUAL

¿No te merezco una prueba de confianza? Cuéntame tu dolor, porque siento aquí (Por el pecho) algo que me acongoja.

MAGDALENA

La salud delicada de mi padre y la miseria que nos rodea me apesadumbran tanto...

PASCUAL

¿Nada más?...

MAGDALENA

Nada más; y aunque lo hubiera, ¿á quién afectan los pesares de otro? (Con cierto desabrimiento).

PASCUAL

(Lastimado). No hables así. Mira, Magdalena, si han de afectarme tus penas. En lucha con la pobreza mis padres me lanzaron á la calle á los siete años. Hecho un pilluelo y recogiendo del arroyo todas las inmundicias del lenguaje y todas las perversidades del mal, aprendí á ganar el centavo, ya vendiendo periódicos, ya lustrando botines, y teniendo siempre como inseparables compañeros el hambre y el vicio, y cuando por la noche de

estos días, que duraron años, molido el cuerpo y quebrantado el espíritu me echaba en la pocilga que tenía por cama, mataban mi sueño los gritos de mis padres, sus amenazas, sus golpes ó algún recio puntapié que la borrachera reclamaba á las pocas utilidades del día.

MAGDALENA

Pascual, no sigas; ¿á qué viene todo esto?

PASCUAL

¿A que viene? Ya verás. ¿No te acuerdas que al principio, huyendo del castigo, me refugiaba en vuestro cuarto, en donde tu bondadoso padre me acogía, haciéndome partícipe del cariño que te prodigaba? ¿Has olvidado, quizá, que lo iniciado por el temor desarrolló el afecto, naciendo en mí un filial amor hacia el buen ciego, que enternecía mi corazón con sus consejos y formaba mi inteligencia con sus enseñanzas? Por eso, muertos mis padres, no quedé huérfano; por eso amo el tuyo como mío; por eso casi soy tu hermano; ¿cómo no han de afectarme tus dolores?

MAGDALENA

He sido injusta, ya lo sé; discúlpame.

PASCUAL

(Tomando una silla y sentándose al lado de Magdalena). ¡Oh! sí, ya lo creo, si eres un ángel de bondad. Vales tanto, que tu mérito ha detenido hasta hoy los impulsos de mi voluntad y un deseo ferviente y dominante. (Pausa). (Con cierta solemnidad). Magdalena, dentro pocos días marcharé á Misiones. Allá entre los yerbales de aquel lejano territorio, sometido á un trabajo duro y penoso, no he de veros por largo tiempo. Me impongo un sacrificio, llevarlo tan sólo por el móvil que lo inspira. ¿No lo imaginas, Magdalena?

MAGDALENA

No, Pascual.

PASCUAL

Pues eres tú el móvil.

MAGDALENA

¿Yo?

PASCUAL

Sí; por tí voy á Misiones á trabajar y á privarme de todo. Ahorraré cuanto gane y dentro de algunos meses estaré de vuelta para ofreceros el fruto de mi labor, y para decir á Magdalena que ya no quiero ser su hermano, porque los hermanos se separan; que el cariño del muchuelo se ha convertido.....

MAGDALENA

(Interrumpiendo alarmada). ¡Pascual, no sigas! (Se levanta).

PASCUAL

(Con dolorosa incertidumbre). ¿Por qué? ¡habla!

ESCENA III

EUSTAQUIA—MAGDALENA—PASCUAL

EUSTAQUIA

(Desde la puerta del fondo). ¿Estorbo?

MAGDALENA

(Aparte). ¡Qué conflicto!

PASCUAL

(Aparte). ¡Maldita vieja!

EUSTAQUIA

(Aparte). No me gusta este moscón. (Alto). ¿Cómo estás, Magdalena? (Adelantándose). Acabo

de ver á tu padre en San Nicolás. Y tú (A Pascual con cierta benevolencia irritante), siempre tan pobrete, sin encontrar medio de colocarte!

PASCUAL

(Con ironía). Al contrario; ¿necesita usted algo?

EUSTAQUIA

¡Qué suerte! ¿Has oído, Magdalena? Muy agradecida, Pascual; (Con maldad) y en pago de tu ofrecimiento yo te daré un buen consejo: que no te propongas nada, sin pesitos, ¿eh? porque siempre llegarás tarde, ¡je, je, je! (Riendo con malicia).

PASCUAL

(Aparte). ¿Qué significa esto? ¡Vigilaremos!
(Alto). Hasta después (Vase).

MAGDALENA

Adiós. (Aparte). ¡Pobre Pascual!

EUSTAQUIA

Adiós. (Aparte). No lo perderé de vista.

ESCENA IV

EUSTAQUIA—MAGDALENA

EUSTAQUIA

Magdalena. (Aparte) Hay que sondearla. (Alto). Buen muchacho, Pascual, ¿verdad?

MAGDALENA

Tiene un corazón de oro.

EUSTAQUIA

¡Lástima! El oro debiera tenerlo en el bolsillo. (Riendo). Dime, chiquilla, (Mirándola fijamente) ¿ó yo me engaño mucho ó anda enamorado de tí.

MAGDALENA

(Con sinceridad) Es posible; pero yo...

EUSTAQUIA

¿Qué?

MAGDALENA

No puedo querer á nadie.

EUSTAQUIA

¿Y eso?

MAGDALENA

Porque es una triste verdad que la miseria cierra las puertas del amor para abrir las del vicio.

EUSTAQUIA

(Gozosa). No tanto... Te juzgas mal si te crees dentro del vicio al entregarte á un hombre.

MAGDALENA

No queriéndolo, sí.

EUSTAQUIA

(Con cierta zalamería). No creas, tontuela; que en el querer hay sus más y sus menos. Si tuvieras mi experiencia y desengaños, casi me atrevo á sostener que, como yo, creerías que el amor sólo existe en la mente de esos badulaques llamados poetas, y en el magín de esos autores de novelas imposibles. Además, (Cambiando de tono) si el amor existe, como imaginas, nada ni nadie se opone á que lleguéis á quereros. Arturo es un mozo serio, fino y amable; á tí te adornan excelentes cualidades, y no estaría fuera de lo ordinario que lo empujado por la necesidad y por el deseo lo concluyera un lazo fuerte y duradero. (Otro tono). Mas esto no podrá ser si no cuidas de tu persona con gusto y coquetería. No ves, has descuidado el cabello. Estos ricitos (Arreglándoselos) están mal colocados. (Pausa). Debías ponerte aquella blusita celeste que hace juego con la blancura de tu rostro y...

MAGDALENA

(Con débil protesta). Pero.....

EUSTAQUIA

¡No hay pero que valga, inexperta! A veces un peinado *chic*, ó un gesto expresivo, ó una mirada voluptuosa, es tupida red que aprisiona á esos abejorros llamados hombres. (Por un gesto de desagrado de Magdalena). No me digas que no. Arturo está por llegar y no quedaría bien impresionado con esta cara (Se la toca) larga, tristona y desapacible. Vaya, vaya, granujilla, ¡je, je, je! Riendo alégrate, y piensa en el cambio de fortuna en perspectiva. ¡Ah! se me olvidaba. (Saca de un paquete que dejó sobre la mesa lo que va indicando). Fíjate. Esta corbata ha de sentarte admirablemente. (Se la coloca). El moñito resulta coqueto. (Descuelga de la pared un espejo que coloca delante de la cara de Magdalena). ¿Qué te parece? ¿Qué dices?

MAGDALENA

¡Si yo no digo nada!

EUSTAQUIA

(Colgando de nuevo el espejo). Ahora verás; el delantal es una monada. (Poniéndoselo). ¡Muy bien, muy bien! ¡Estás encantadora! (Pausa). Sentémonos, y mientras esperamos á Arturo, óyeme todavía. (Se sientan). Me interesas tanto como una hija, y es claro que no puedo querer tu mal; así, pues, mis consejos han de ser órdenes para tí. Te conviene mostrarte reservada con Arturo..... dándole á entender que accedes tan sólo por la necesidad.

MAGDALENA

Pero si esto es la verdad pura....

EUSTAQUIA

Bien, bien; mas esto ha de durar poco, y en seguida has de fingirle un cariño que se desarrolla por grados; no ha de caer nunca

en la cuenta que te inspira tan sólo el interés.

MAGDALENA

(Con anormal energía). El interés, y nada más. Mire, señora Eustaquia, el dinero es mi única ambición. ¿Tengo que vender mi honra? Sea; pero al comprador, á ese Arturo, ha de costarle cara, ¿entiende usted? Yo pensaba que la honra no tenía precio para las personas morales; y ya que, por desgracia, no es así, le quiero sacar mucho dinero, mucho, mucho. (Con cierto frenesí).

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Sosiégate, locuela! Ya verás como desplumaremos á ese pillastrón.

MAGDALENA

(Continuando con su pensamiento). ¡Lo suficiente para tener en una casita á mi padre!

EUSTAQUIA

Bueno.

MAGDALENA

¡Para que no pida limosna!

EUSTAQUIA

Muy justo.

MAGDALENA

¡Para regalarlo en la mesa!

EUSTAQUIA

¡Claro!

MAGDALENA

¡Para vestirlo bien!

EUSTAQUIA.

Natural. Y para tí lo mismo.

MAGDALENA

(Enérgico). No, para mí no quiero nada. (Enjugándose una lágrima).

EUSTAQUIA

¡Estos nervios, hijita, estos nervios! (Carifosa).
Cálmate, déjalo todo por mi cuenta y no te
pesará; te lo prometo.

ESCENA V

ARTURO—EUSTAQUIA—MAGDALENA

ARTURO

(Desde la puerta del fondo). ¿Se puede?

MAGDALENA

¡Ah! (Con grito ahogado de espanto).

EUSTAQUIA

(Con rapidez y aparte á Magdalena). ¡Chica, prudencia! (Levantándose y dirigiéndose á Arturo con mucha oficiosidad). Pase, don Arturo, pase. Magdalena: (Esta se levanta) el señor Arturo Clavijo. (Magdalena saluda pudorosamente con la cabeza).

ARTURO

Señorita, siento un vivo placer en conocerla y en poder estrechar su mano. (Se dan la mano).

MAGDALENA

Gracias. (Sin levantar los ojos. Eustaquia indica con la mano los asientos. Ocupa el del medio Arturo).

EUSTAQUIA

Magdalena y yo agradecemos su bondad al honrarnos con su visita.

ARTURO

El honor es para mí al ofrecérseme la oportunidad de poder ser útil á tan graciosa y bella señorita. Los datos que acerca de sus prendas me ha comunicado usted (A Eustaquia)

me la han hecho tan interesante y tan simpática que con mi cariño le ofrezco cuanto valgo.

MAGDALENA

Gracias.

ARTURO

El afecto que me acerca á usted es noble, señorita. No mire en mí al joven dísoluto que se enamora de oficio y solicita su amor, atraído por la belleza física y por virginales encantos. Mueven mi alma otros sentimientos generosos y otros impulsos honrados.

EUSTAQUIA

(Aparte á Arturo). Siga, siga por este camino.

ARTURO

Siento como nadie la extrema situación por que atraviesan. Me he procurado informes, y sé muy bien cuán grande es su valor, Magdalena; cuánto ha sufrido en lucha con la enfermedad y la miseria; y sé también que hoy, quebrantada y vencida, necesita quien la defienda y ampare. Y á esto he venido, á ponerme á la disposición del desgraciado Moisés y de su bella y bondadosa hija.

EUSTAQUIA

(Aparte). ¡Cómo mientel (Alto). Y es necesario que sea así, porque el corazón de Magdalena es puro como el de un ángel; no lo ha hecho latir otro amor que el de su padre.

MAGDALENA

(Con vehemencia). ¡Oh! sí: este amor llena todo mi pecho; y al pobre la miseria y la pena me lo matan lentamente; y yo no quiero que sufra, y yo no quiero que muera, ¿sabe usted?

ARTURO

Lo salvaremos. En usted se encuentran los medios..... (Con audaz impudencia).

MAGDALENA

(Llorando). Sí, ya lo sé.... no siga. La vida del padre está en la muerte de la hija. (Por una denegación de Arturo). ¡Oh! no diga que no.... ya sé.... doy para que des. (Con suprema amargura).

EUSTAQUIA

(Aparte á Arturo). Es una crisis pasajera. (A Magdalena). No prosigas por este camino. Tratas con un caballero y como tal ha de conducirse. Desde hoy cambiará todo; vuestra vida dejará de ser un continuo sobresalto, y hallaréis un protector cariñoso en don Arturo.

ARTURO

Tanto que, sin tratar de ofender, señorita, su honrada pobreza, me hago un deber en ofrecerle esta cantidad (Saca una cartera y la deja sobre la mesa) pidiéndole al mismo tiempo permiso para retirarme. Adiós, Magdalena. (Estrecha la mano de Magdalena, que solloza).

EUSTAQUIA

(Que acompaña á Arturo hasta la puerta del fondo). Muy bien, Arturito, es usted una alhaja. (Aparte).

ARTURO

(Aparte). ¿Y cuándo?

EUSTAQUIA

(Aparte). Mañana.

ARTURO

(Aparte). ¿En dónde?

EUSTAQUIA

(Aparte). En mi casa.

ARTURO

(Aparte). ¿A qué hora?

EUSTAQUIA

(Aparte). A las primeras de la tarde.

ARTURO

(Aparte). ¡Muy bien! (Vase).

ESCENA VI

EUSTAQUIA—MAGDALENA

EUSTAQUIA

(Adelantándose). Bueno, asunto concluído. Lo demás queda por mi cuenta. A ver, á ver, (Por la cartera que toma) la cantidad será respetable, porque Arturo no tiene nada de roñoso. (Contando). Cien, doscientos, cuatrocientos. ¡Boni-ta cantidad! Mira, yo la guardo para correr con los gastos más necesarios. Mañana mismo te alquilo un departamentito; se compran algunos muebles y formaremos el nidito cómodo y modesto para tu padre. Ya verás (Con fingido cariño), picarona, cuán contento se va á poner nuestro viejo.

MAGDALENA

No; lo primero será una visita al mejor médico de Buenos Aires, ofreciéndole cuanto tenemos con tal de que le cure el corazón.

EUSTAQUIA

Para todo alcanzará. Además, de tus arrumacos y caricias (Con gesto malicioso) depende que la mensualidad que te señale Arturo sea más ó menos crecida.

MAGDALENA

¡Oh! señora Eustaquia, no hable así, que me mata. ¡Ah! (Con espanto). Hay que devolver este dinero á Arturo; ¿cómo explicaría á mi padre este cambio? La muerte mil veces antes que decir la verdad; ¡si al imaginarlo tan sólo me ahoga la vergüenzal

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Eres una infelizota. ¿Tú crees que estas cosas escapan á Eustaquia? ¡Je, je, je! Ya tengo preparada la historia que

conviene en este caso. Tú ya sabes que delante de Moisés he hablado de la posibilidad que mi amiga y comadre doña Justa, que tiene algún dinerillo, establezca una casa de modas y que ponga al frente de ella á una muchacha trabajadora y hábil.... pues, figúrate (Sonriendo) que ya tenemos casa y que está bajo tu dirección. ¿Qué te parece? ¡Je, je, je!

MAGDALENA

Pero...

EUSTAQUIA

Basta. No pongas más dificultades, que en realidad no existen; y ten en cuenta, por último, que ninguna muchacha estaría en mejores condiciones que tú, sin más vigilancia que la de un padre ciego.

MAGDALENA

(Con intensa tristeza). ¡Ojalá no lo estuviera!

ESCENA VII

MOISÉS—PASCUAL—EUSTAQUIA—MAGDALENA

PASCUAL

(Como siguiendo un razonamiento anterior). Desengáñate, Moisés. El gobierno y la policía pueden emplear esta *ley de residencia* como un arma terrible contra las sociedades de obreros.

MAGDALENA

(Acercándose á su padre). ¿Cómo te hallas? El corazón....

MOISÉS

Bien; parece que se decide á funcionar con regularidad. ¿Estabas sola?

EUSTAQUIA

No. Con ella estaba quien se interesa por vosotros.

PASCUAL

(Aparte). ¡Siempre esta mujer!

EUSTAQUIA

Oye, vejete cascarrabias; he venido á darte una buena noticia. Se concluyó el soltar pes-tes contra la Sociedad, como acostumbras. En el trabajo de tu hija encontrarás en lo sucesivo los medios para vivir con cierta holgura.

MOISÉS

A ver, á ver, cómo es eso.

PASCUAL

Bueno, Moisés, yo me retiro.

MOISÉS

Aguarda todavía; siéntate por ahí á mi lado; porque lo que ha de decirme Eustaquia tú también puedes oírlo. (Magdalena, haciéndose la distraída, acomoda algunos objetos).

EUSTAQUIA

Ya lo creo que sí. (Con cierta ironía). No poca alegría sentirá al enterarse de la felicidad de sus amigos... (Pausa). Se trata de que doña Justa mi comadre, quiere poner al frente de su casa de modas á tu hija con una mensualidad de ciento veinte pesos. ¿Qué te parece?

MOISÉS

¡Mucha suerte para nosotros!

EUSTAQUIA

No lo creas. Concedora de las felices dis-posiciones de tu hija, de su gusto y compe-tencia en el ramo, y atendiendo, por otra parte, mis indicaciones, le da este puesto con

ventajas para una y otra. A Magdalena la noticia le alegró sobremanera; al padre, ¿quién sabe? es tan descontentadizo...

Moisés

Al contrario; agradezco tu intervención en este asunto, mientras ello no reporte un excesivo trabajo á mi hija.

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Nada de esto. Su tarea será agradable y distraída, ¡je, je, je! Ahora (A Moisés). alegre esta cara de ogro, pensando en las comodidades futuras... Y dicho esto me marchó, que hago falta en otra parte. (Pausa). Queden con Dios; y tú, Magdalena, (Dirigiéndose hacia ella) ya le enterarás de todo. Adiós. (Aparte). Mañana vendré por tí. Habilidad y prudencia.

ESCENA VIII

MOISÉS—MAGDALENA—PASCUAL

MOISÉS

Hija mía, ¿por dónde andas?

MAGDALENA

Aquí estoy, padre mío.

MOISÉS

¿Ya sabes que se nos va Pascual?

MAGDALENA

No hace mucho me lo dijo.

MOISÉS

El pobrecito marcha á centenares de leguas á la conquista del pan, que aquí no encuentra.

MAGDALENA

Es muy dura la vida para el pobre.

PASCUAL

Y lo es más todavía si un ideal no la sustenta.

MOISÉS

Una frase pesimista es una mueca horrible en los labios de un joven. No hables así, Pascual. Temería que mis palabras no hubiesen entrado en la carne viva de tu ser. Vivir es luchar, y en la lucha social á que estamos abocados, tú, discípulo mío, has de ser valeroso. Allá, en las vírgenes tierras donde te lleva el trabajo fecundo, tienes una hermosa misión. Nuestras doctrinas, que no se abren camino sino en las grandes ciudades, en los populosos centros fabriles, puedes y debes enseñarlas á los infelices peones que en los yerbales sienten todavía crugir el látigo del capital inicuo. Sí, Pascual, hazte digno de tí mismo; predica la buena nueva; no temas las persecuciones y aun puedes desafiárlas, que la reacción violenta produce partidarios y acrecienta simpatías. Y si caes en la lucha, y se te acosa por el hambre, partirás el pan con tu maestro, si en su mesa no falta como otras veces.

PASCUAL

¡Oh! gracias, gracias, Moisés. Tus palabras provocan en mí energías desconocidas. Me siento capaz de todo. Cumpliré con mi deber mientras no me falten vuestro cariño y consejo.

MOISÉS

Seguros tienes uno y otro; ¿verdad, Magda, que á Pascual se le quiere de veras?

MAGDALENA

(Sin levantar los ojos). Mucho, como si fuera mi hermano.

PASCUAL

(Aparte). Es poco para mí. (Alto). Entonces no hay que dudar; me marcho dentro de tres días. (Levantándose). Ahora os dejo solos.

MOISÉS

¿Tan pronto?

PASCUAL

Sí; hasta mañana.

MOISÉS

Buenas noches.

MAGDALENA

Adiós, Pascual.

PASCUAL

Adiós, Magdalena. (Aparte). Corazón, corazón, ¡cuánto la quieres! (Vase).

ESCENA IX

MOISÉS—MAGDALENA

MOISÉS

Magda, cierra la puerta. (Lo hace). Antes de acostarnos charlaremos un poco de nuestras cosas.

MAGDALENA

¿Escribimos?... ¿quieres concluir tu correspondencia empezada?

MOISÉS

Bueno. (Magdalena abre un baúl y saca unos legajos que pone sobre la mesa; y se prepara á escribir lo que su padre va á dictarle). Pero, dime, Magda, ¿no quieres hablarme de la fortuna que ha entrado por nuestras puertas?

MAGDALENA

Como ya te enteró Eustaquia...

MOISÉS

Pero, hija mía, ¿crees tú que es poco eso de ciento veinte pesos mensuales, para no darle más importancia?

MAGDALENA

(Rápido). ¡Oh! sí, mucho, mucho, por lo que ha de mejorar tu situación.

MOISÉS

¿Y para tí?

MAGDALENA

No tengo mayores ambiciones; si algo deseo es para mi padre.

MOISÉS

¡Cuán buena eres! (Busca su mano y al tomarla se la golpea con cariño). Pues, mira, Magda, lo que interesa es tu porvenir. Yo no soy más que un estorbo, que la muerte ha de suprimir muy pronto, y...

MAGDALENA

(Colocándole una mano en la boca). Por caridad, no digas eso; yo no quiero la vida sino á tu lado.

MOISÉS

Sé razonable, Magda. La muerte me acecha, y es inútil pensar en detener la fuerza natural de las cosas. Cuando ella me llame es necesario no estar desprevenidos; y por eso pienso muchas veces que tu mejor amparo sería Pascual. Por cierto que hace un momento me hablaba de tí con gran vehemencia y me pedía...

MAGDALENA

(Afligidísima é interrumpiendo). No sigas, yo te lo ruego... me acongojas lo indecible.

MOISÉS

Basta, pues; no quiero apesadumbrarte. No queda tiempo para hablar de todo. ¿Quiéres que escribamos? Bien. (Pausa). Anoche quedábamos...

MAGDALENA

(Hojeando). Voy á decírtelo... La última página dice así... (Leyendo). «Aquí, como en España, querido compañero, la organización política y social es detestable.....»

MOISÉS

¡Ah, ah! ya recuerdo: continúa.

MAGDALENA

(Leyendo). «Aunque las instituciones republicanas, basadas en la verdadera democracia, representan un gran paso en el camino del progreso y de la justicia, la corrupción de los hombres y las ambiciones de los partidos matan en flor, haciendo ilusorio el tal progreso. El gobierno no representa la voluntad nacional, sino la habilidad y amaños de un partido que hace más de un cuarto de siglo domina las situaciones nacional y provinciales; los gobernadores son votados por legislaturas bastardas y sumisas. La libertad de sufragio es una indigna farsa; se falsifican los padrones; y el pueblo infeliz, la peonada de los campos, vota arreada por los estancieros, bajo la amenaza de echar á la calle al que no cumpla la palabra de orden; los comisarios de los pueblos son pretores desalmados, obedientes tan sólo á la ley de su voluntad y concupiscencia. Arriba, el despotismo personal, la oligarquía de clase y el nepotismo insolente; y abajo, una sociedad embrutecida, un pueblo sin ideales y masas inestables é inconscientes.» (Pausa).

MOISÉS

El escenario político, como se ve, es el mismo de España, á pesar de ser las instituciones distintas. ¿No lo crees así, Magda?

MAGDALENA

Yo creo lo que tú dices. De todas estas cosas solamente saco una gran verdad: que es siempre el pobre el apaleado.

MOISÉS

¿Y no te subleva esta injusticia?

MAGDALENA

Ni fuerzas tengo para ello; no me queda más remedio que sufrirla.

MOISÉS

Tienes razón; escribe. (Magdalena lo hace). «En cuanto á la organización social, se puede afirmar que es la misma de todas partes. Ricos y pobres; potentados y miserables; amos y criados; seres que sufren las persecuciones del poderoso; familias hambrientas y desnudas; Cresos que insultan la pobreza con su tren y boato; trabajadores anémicos y desvalidos; capitalistas ahitos y prepotentes; y como marco de este abigarrado cuadro de abundancia y miseria, el vicio y la corrupción desenfrenada. Las timbas, garitos, carreras y loterías ofreciendo con engañosa voz una fortuna rápida al desgraciado; esposas que venden su honor para dar pan á sus pequeñuelos; muchachas lanzadas á la vida...»

MAGDALENA

(Con grito doloroso). ¡Padre, padre mío! . Basta. (Levantándose).

MOISÉS

Magda, (Alarmado), hija, ¿qué tienes? (Levantándose y acercándose á su hija).

MAGDALENA

¡Nadal (Con largo suspiro). No cuentes estos horrores.

MOISÉS

Horrible, sí, pero muy exacto.

MAGDALENA

(Con anormal energía). Dime, ¿no es cierto que estas jóvenes despreciables deberían ser azotadas públicamente?

MOISÉS

¡No, no!

MAGDALENA

¿Escupidas en pleno rostro?

MOISÉS

¡No, no!

MAGDALENA

¿Y servir de irrisión y escarnio de las gentes honradas?

MOISÉS

(Enérgico). ¡Jamás! ¡El pecado es la miseria!

MAGDALENA

Padre, padre del corazón; no sé lo que tengo; un nudo aprieta mi garganta y las ganas de llorar me ahogan. (Apoya su cabeza en el pecho del padre, mientras solloza fuertemente).

TELÓN LENTO

ACTO TERCERO

El teatro representa una sala, adornada con elegante sencillez

ESCENA I

ARTURO, arrellanado en un sillón, fuma con mucha displicencia

ARTURO

¡Está visto! Me voy enamorando de esta chiquilla como un cadete; y me acerca á ella un no sé qué de encantador que me escama y me pone en guardia. ¡Cuidado, Arturo! Estos *entretenimientos* no han de traspasar ciertos límites y no han de llegar jamás al corazón. (Pausa). Pero, es que ella estimula mis deseos al no prestarse nunca á mis caprichos. ¡No he logrado todavía tenerla un día entero en mis brazos! Bajo el pretexto de que no puede faltar muchas horas de su casa, y siempre con el temor de que su padre adivine ó descubra lo que ella llama su falta, se escapa de mi lado á llorar su honra perdida. (Pausa). ¡Pobrecilla! Tiene un fondo moral inapreciable. (Pausa contemplando las espirales del humo de su cigarro). Me pertenecería por entero si no fuera el demonio de su padre. (Pausa). Si Carlos consiguiera... El me ha dicho que sí, por ser cosa llana y sencilla; me asegura que el Jefe de Policía no ha de poner mayores obstáculos; antes bien aplicará la ley de residencia á Moisés en cuanto se pruebe su propaganda socialista ó anárquica, sus incitaciones á las huelgas y su guerra al capital. Todo esto queda probado por las memorias y do-

cumentos que le robó Eustaquia y que yo he remitido á la Jefatura. (Pausa). ¡Magnífico! Si conseguimos la orden de destierro, como éste se hace efectivo á los tres días, durante este tiempo aislo la hija del padre, y una vez embarcado Moisés, Magdalena será otra. (Oyendo pasos). Ahí viene.

ESCENA II

MAGDALENA—ARTURO—La primera viste traje de calle de cierta elegancia. Sale por la izquierda.

ARTURO

¿Piensas irte tan pronto? (Se levanta, la toma de la mano y la hace sentar á su lado en el sofá). Siéntate un momento.

MAGDALENA

Es muy tarde, Arturo; casi es de noche, y mi padre me espera.

ARTURO

(Aparte). ¡Siempre su padrel (Alto, y con cariñosa reconvencción). Es necesario atenderme á mí también, señorita. Mira que te quiero más de lo que supones; y si tú me amaras producirías en mí un verdadero milagro.

MAGDALENA

¿Cuál?

ARTURO

Regenerarme.

MAGDALENA

¿De veras?

ARTURO

Como lo oyes. Al verte tan sencilla y tan pura, con tantos atractivos y talento, se me

figuran providenciales nuestros amores. Siento una voz aquí (Por el pecho) que condena mi vida pasada, mi existencia de vicio y de crápula. Sí, Magdalena mía, el sacrificio de tu virtud puede ser el agua del Jordán que me purifique, si á este sacrificio lo acompaña tu amor. No me lo escasees, dámelo por entero, y verás á tu Arturo mirándose en tus ojos constantemente.

MAGDALENA

¡Ah! si esto fuera así, no maldeciría la hora en que te interpusiste en mi camino.

ARTURO

¿Y la maldices? ¿Tan mal te trato?

MAGDALENA

No, no es esto, Arturo. La necesidad quizá me hubiera echado en los brazos de otro. Lo que yo maldigo es la negra estrella, la fatalidad inicua que nos obliga á ser hijas del vicio á las desheredadas, á las hijas de la miseria. ¿Quiéres injusticia mayor? Forzadas á sentir los dolores del hambre, á sufrir los rigores del frío desde la cuna, y á arrojar en el lodo nuestra honra en la edad de las ilusiones y de las esperanzas, dime, Arturo, con sinceridad, con el corazón en la mano, ¿no es cosa que clama al cielo?

ARTURO

Habla en tí la boca de tu padre. (Sonriendo).

MAGDALENA

No, Arturo, no; habla la voz de la razón y de la justicia.

ARTURO

No hay remedio. El mundo es así, ha sido y será. (Transición y con cariño). ¡Qué hermosa estás en tus entusiasmos! Los colores, al asomarse á tu rostro, parecen amapolas en campo de nieve.

MAGDALENA

Pase tu galantería; pero deseo que, como yo, aborrezcas las injusticias.

ARTURO

(Riendo). Las aborrezco, Magdalena, las aborrezco. . . . pero (Riendo) ¿por qué no predicas con el ejemplo? Tu cometes una grandísima, imperdonable!

MAGDALENA

No lo creo.

ARTURO

Te lo juro.

MAGDALEDA

¿Cuál?

ARTURO

El no concederme tres ó cuatro días enteros, completos. (Pausa y con mimo). Quiero llevarte á una chacra que poseo en el partido de Luján: es un nidito de flores y de poesía. La naturaleza, engalanada, convida al amor; tengo allí un hermoso chalet risueño y coquetón, que acarician la hiedra silvestre y la madre selva embriagadora. El centenario ombú y el gigantesco eucaliptus lo resguardan de las furias del pampero. Lo rodean numerosos jardines de balsámicas flores, en cuyos pétalos picotea un ejército de pintados y canoros pajarillos.

MAGDALENA

¡Qué hermosura!

ARTURO

(Aparte). ¡Ya es mía! (Alto). Allí, en aquel pequeño paraíso, pienso llevarte; ¿quieres? Dime que sí, y me vuelvo loco.

MAGDALENA

Sí, digo; me has ganado con la pintura de tantas bellezas. (PAUSA). No puedes imaginarte, Arturo, el placer intenso que anima mi ser, cuando me hago la ilusión de que soy amada con pureza, con aquel sentimiento de immaculado cariño soñado en las horas de indefinible ternura en el que el espíritu vaga desatado. Sí, Arturo, creo que te amo. Resuena dulcemente tu voz en mi pecho y me siento atraída al verdugo de mi virtud y de mi buen nombre. Y cuenta que serías el ser más perverso si dueño de mi honra te apoderaras también de mi corazón, para divertírte con él y manosearlo como un juguete.

ARTURO

¡Por Dios, Magdalena! ¿tú crees?...

MAGDALENA

No, no lo creo; no quiero creerlo. (Le pone con cariño una mano en el hombro).

ESCENA III

EUSTAQUIA, puerta izquierda—DICHOS

EUSTAQUIA

(Aparte, contemplando el grupo). Sí... ¿eh? la mosquita muerta. ¡Quién hubiera dicho!... (Alto). Don Arturo, acaba de llegar don Carlos y pregunta por usted.

ARTURO

(Aparte). ¿Y...? (Interrogando á Eustaquia).

EUSTAQUIA

(Aparte). Todo arreglado.

ARTURO

Y tú, ¿qué le has dicho?

EUSTAQUIA

Que espere un momento en la salita mientras le pasaba el recado.

ARTURO

Bien. (Tomando la mano de Magdalena). Lo dicho, Magdalena. Mañana te vienes temprano; tomamos un coche, del coche al tren, y del tren á nuestro nidito. ¿No es esto?

MAGDALENA

Bueno; (Pensativa) pero es el caso que no se me ocurre una excusa.... algo que decir á mi padre.

ARTURO

Descuida; ahí tienes á nuestra excelente Eustaquia para ayudarte.

EUSTAQUIA

¿Se trata?...

ARTURO

De que mañana salimos de campo. Cuestión de unos días. (A Magdalena). Adiós, vidita. Voy á ver lo que quiere Carlos.

MAGDALENA

Adiós, Arturo. (Lo sigue con la mirada hasta que desaparece por la izquierda).

ESCENA IV

MAGDALENA—EUSTAQUIA

MAGDALENA

(Hablando consigo). Parece noble y sincero.

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Gusta Arturito, ¿eh?

MAGDALENA

No lo puedo negar, señora Eustaquia. Despiertan en mi corazón sentimientos de cariño sus amorosas palabras. Amo en él su nobleza, su pasión y su gallardía.

EUSTAQUIA

(Aparte). ¡Tonta, incauta!

MAGDALENA

Dígame, señora Eustaquia, ¿cree usted en el amor de Arturo?

EUSTAQUIA

Sí, Magdalena, sí. Segura estoy de la veracidad de sus protestas.

MAGDALENA

¿Y de que puedo hacerlo enteramente mío?...

EUSTAQUIA

Depende todo de tu habilidad.

MAGDALENA

Toda mi habilidad será quererlo entrañablemente.

EUSTAQUIA

Esto no es habilidad, locuela, sino debilidad y tontería. Serás hábil y te reportará no pocos beneficios si le finges cariño; si sabes embaucarlo con monadas y coqueterías; si estudias sus debilidades y las aprovechas, y si mientras él va entrando por el aro tú sabes ser reflexiva y calculista. De este modo lo encadenas y le limpias el bolsillo.

MAGDALENA.

¡Qué horror!

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! ¡Eres una infelizota! Si te apartas, yo te lo aseguro, del camino aconse-

jado por mi experiencia, te va á lucir muy poco la piel. (Pausa. Transición). Mas dejemos esto. Ya insistiré en el momento oportuno; y veamos cómo se arregla tu escapatoria de mañana.

MAGDALENA

¿Debo llevarla á cabo, señora Eustaquia?

EUSTAQUIA

Ni duda tiene. (Con cierta malicia). Sus resultados han de ser provechosos para todos.

MAGDALENA

¿Y cómo se arregla?

EUSTAQUIA

(Después de pensar un rato). Verás. Dentro de una hora iré á casa de mi comadre, y desde allí te enviaremos una carta por un mensajero. En ella te dirá doña Justa que mañana muy tempranito estés en el taller para darte las instrucciones...

MAGDALENA

(Interrumpiendo). No entiendo nada.

EUSTAQUIA

Espera. Para darte las instrucciones acerca de un viaje que debes hacer, ¿á dónde?... ¡ah! á una estancia próxima á Merlo, en la cual se habrá muerto la señora, necesitando-se de tu presencia para dirigir el luto de las hijas. ¿Entiendes ahora?

MAGDALENA

Sí, ¡pero cuántos embustes!

EUSTAQUIA

Halla tú otro medio.

MAGDALENA

No... sí... está bien; lo haré; el corazón me guía, la buena intención me acompaña y la desgracia no siempre ha de perseguirme.

EUSTAQUIA

(Aparte. Ya te lo dirán de misas, bobalicona.

MAGDALENA

(Despidiéndose). Quede con Dios, señora Eustaquia; es de noche ya.

EUSTAQUIA

Vaya, adiós, tortolilla. Cuidado con los gabilanes de la calle, ¡je, je, je! (Riendo). (Vase Magdalena).

ESCENA V

EUSTAQUIA

¡Pobre muchacha! Verdaderamente no merece la picardía que le prepara Arturo. (Pausa). ¡Este Arturo es un charrán! No he tratado en mi larga historia otro granuja semejante. Con su labia engañosa ha trastornado el poco seso de esta chiquilla. Y lo peor es la segunda parte; el querer embarcar al pobre Moisés bajo el pretexto de que es un endiablado comunista; (Diciéndolo lentamente como si no estuviera segura del vocablo). Si, se dice así; cuando en realidad lo que busca es tener á Magdalena sin estorbos. Por fortuna paga bien, no es mezquino, y por eso no puede una negarse á sus pedidos. ¡Ah! ahí están los dos pajarracos.

ESCENA VI

ARTURO—CARLOS—Salen familiarmente por la segunda puerta de la izquierda

CARLOS

Tal como te digo.

ARTURO

¿Se ha resuelto sin tropiezos?

CARLOS

Sin ninguna dificultad.

EUSTAQUIA

¡Pobre Moisés!

ARTURO

Apuestas á que Eustaquia se pone á llorar de pena.

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Agoté mis lágrimas cuando un pillo de la escuela de uno que yo conozco me sedujo á mi hija, escapándose con ella.

CARLOS

¿Por dónde para? ¿Era bonita?

EUSTAQUIA

Como un sol. Murió de la fiebre en Río.

CARLOS

Lástima si era bella.

ARTURO

Bueno, basta de palique. Mientras Eustaquia va por un coche, tú terminas de contarme...

EUSTAQUIA

¿Voy por él?

ARTURO

Sí. (Vase Eustaquia).

ESCENA VII

ARTURO—CARLOS—(Se sientan)

CARLOS

Pues, no hay más de lo que te he dicho. Ayer me presenté á la Jefatura, hice la de-

nuncia en forma, según tus indicaciones; se pidieron noticias; se procuraron informes con tal rapidez, que hoy me ha dicho un oficial que del expediente formado resultan méritos más que sobrados para aplicarle la ley de residencia.

ARTURO

¿Y el destierro es seguro?

CARLOS

Mañana comunicará la policía á Moisés que en el plazo señalado por la ley ha de salir del país.

ARTURO

¡Admirable!

CARLOS

La policía, según parece, lo conocía ya por sedicioso, y en posesión de los nuevos datos y documentos el destierro se impone.

ARTURO

¡Bravo! Sale todo á pedir de boca. He preparado un viajecito con Magdalena. A primera hora de mañana salimos. Moisés recibe la visita de la policía, que le da tres días de plazo para liar su petate; durante este tiempo retengo á su hija en Luján, y llego por fin á Buenos Aires cuando el padre está ya en camino del destierro. (Con sarcástico énfasis). Ante la catástrofe yo me muestro afligidísimo, endulzo dolores, prodigo consuelos y ofrezco todo mi valimiento, toda mi voluntad para reparar la injusticia.

CARLOS

(Riendo). ¡Muy bien! Serás un verdadero héroe del drama.

ARTURO

A todo esto pasan días, semanas y aun si quieres meses, durante los cuales Magdalena no tiene más apoyo que el mío y no podrá separarse ni un momento de mi lado.

CARLOS

Esto es sospechoso, Arturo. Se me antoja todo esto cariño; todavía más: amor.

ARTURO

No lo creas, eres muy nene. Esto no es más que deseo de eliminar obstáculos. El padre se opone á mis caprichos; luego es preciso separarlo. Y una vez conseguido esto, Magdalena imperará en mi voluntad, al parecer por supuesto, hasta que el hastío me acerque á otra.

CARLOS

Conozco cuán voluble eres, pero temo por tu libertad en este lío. Te veo muy atortolado.

ARTURO

Estás en un error, amigo mío. No te falta razón al señalar este atortolamiento, pero te engañas si no lo supones estudiado. Ello es una nueva modalidad en mi oficio de calavera incurable. Los amores son mi flaco, pero noto estragado mi gusto. Los sabores picantes no me agradan ya, y el placer por horas y á precio fijo me revienta. (Con cierta animación). No puedes imaginarte, Carlos, lo que me divierte y seduce el papel de amante ideal y apasionado ante un alma pura y virgen como la de Magdalena. Contemplar el ligero estremecimiento de la carne de la mujer pudorosa que oye una palabra de fuego; ver el brillo de los ojos fascinados ante la pintura de un amor inextinguible; mirar como el pudor cubre de grana la mejilla, solicitada por un beso, es la quinta esencia del goce para los corazones secos como el mío.

CARLOS

Es jugar con fuego.

ARTURO

(Riendo). No, hijo, no; esto es jugar con cartas vistas.

ESCENA VIII

EUSTAQUIA — DICHOS

EUSTAQUIA

El coche espera.

CARLOS

Vamos, pues.

ARTURO

Oye, Eustaquia. Habrás arreglado, supongo, la salida para mañana.

EUSTAQUIA

Sí; ya convine con Magdalena el procedimiento para engañar al viejo. Por cierto que tendré que salir esta noche con este objeto, abandonando atenciones muy urgentes.

ARTURO

(Aparte). Te entiendo, bruja. (Alto). Bueno. (Sacando la cartera). Toma en compensación de este servicio.

EUSTAQUIA

Algún ángel le ha inspirado, porque estoy muy pobre.

ARTURO

¿Sí, eh? (Aparte). Valiente sinvergüenza. (Alto). ¿A qué hora vendrá Magdalena?

EUSTAQUIA

A las siete de la mañana.

ARTURO

A esta hora estaré yo aquí. (Vanse Arturo y Carlos).

ESCENA IX

EUSTAQUIA entorna la puerta.

EUSTAQUIA

(Contemplando el billete). ¡Veinte pesos! No ha sido malo el día. (A los pesos). Hijitos de mi alma, vais en seguida á hacer compañía á unos cuantos (Se levanta las faldas, y en una larga bolsa, que lleva atada a la cintura, esconde el billete) pobrecitos que lloran de estar solos. (Pausa). ¡Qué dicha la de poder contar por cientos y por miles estos benditos papeles! Me pasaría las horas en ello. No le falta razón á Moisés al quejarse de la desigual fortuna. Unos tanto y otros tan poco. (Suena un timbre). ¿Quién será? Veamos. (Se dirige a la puerta del fondo; se introduce por el corredor y dice desde adentro): Venga mañana, no puedo en este momento.

ESCENA X

EUSTAQUIA, y detrás de ella LA PELADA

LA PELADA

Hágame el favor, es cuestión de poco rato.

EUSTAQUIA

¿Y cuánto vas á darme?

LA PELADA

Todo lo que poseo. Cincuenta centavos.

EUSTAQUIA

Ya te dije la otra vez que no se puede tirar las cartas por tan poco dinero.

LA PELADA

¡Hágalo por caridad!

EUSTAQUIA

¡Sí, para caridad estamos; soy tan pobre como tú. (Se dirige al cajón de la mesa y saca una baraja). Veamos, ¿qué te pasa? (Entre tanto va barajando el naipe, y dice aparte): ¡Esta mujer apesta á vino!

LA PELADA

¡Soy muy desgraciada! Tuve la debilidad de atender al Galgo, cojo, y pordiosero como yo, y como soy de buena entraña, me entró hondo el querer, pero mi hombre hace unos cuantos días me pone cara de perro, y á mí nadie me quita de la cabeza que me la pega con alguna perdida, que ojalá parta un rayo.

EUSTAQUIA

¿Y tú tienes algún indicio?

LA PELADA

¡Sí; ayer vi á mi hombre charlando con la Ñata.

EUSTAQUIA

¿Y quién es esta Ñata?

LA PELADA

Una china trompetuda y más fea que un mico.

EUSTAQUIA

Corta. (Poniendo el naipe en la mesa). No, mujer, no; con la mano izquierda.

LA PELADA

No me acordaba.

(Eustaquia distribuye las cartas en siete montones, mientras va murmurando algunas palabras. Levanta un montón, lo extiende y dice):

EUSTAQUIA

Ahí tenemos el ocho de bastos invertido, que significa riñas entre amantes, y el seis de bastos, que anuncia infidelidad doméstica;

pero como vienen seguidos del tres de copas, si eres prudente y te dejas llevar de buenos consejos alejarás la tormenta. (Pausa). En este otro montón está la sota de copas, que eres tú, al lado del ocho de oros invertido y cerca del cuatro de copas; todo esto representa riñas con una morena.

LA PELADA

Ya ve, doña Eustaquia, qué bien sale todo. Después dirán que esto es una farsa.

(Extiende Eustaquia todos los demás montones menos uno).

EUSTAQUIA

¡Lo dicen malas lenguas! (Pausa). En estas otras barajas leo que estás celosa de un hombre que es poco constante; y, por último, en este otro montón (Lo extiende) aparece el as de copas seguido del nueve invertido del mismo palo y cerca del nueve de espadas, que asegura que eres aficionada á la bebida, y como al lado se halla el rey de espadas invertido, indica el deseo de una persona mal intencionada de perjudicarte.

LA PELADA

Todo es verdad, menos lo de la bebida.... (Pausa). No.... no, también es verdad; pero no vaya á creer que bebo mucho.

EUSTAQUIA

Se concluyó. (Amontonando las cartas).

LA PELADA

¿Y cuál es su consejo?

EUSTAQUIA

Mira, Pelada; como te tengo lástima, voy á hacerte un verdadero favor; recoge dinero, y cuando tengas cinco pesos, ¿no menos, eh? porque el remedio vale quince lo menos, te vienes por aquí, y te daré una receta para que tu hombre te quiera mucho y no te deje nunca.

LA PELADA

Pues me lo da ahora mismo. Cinco pesos tengo recogidos para el alquiler del cuarto. Si nos echan á la calle por no reunir la cantidad necesaria, no me importa si á mi lado tengo el Galgo. (Desata una punta del pañuelo con los dientes y vuelca monedas de níquel sobre la mesa).

EUSTAQUIA

Muy bien. Pon atención, y guarda en la memoria la receta. Toma un (Con calma) poco de pelo de la barba del Galgo, procurando que sea del que está cerca de la oreja izquierda, y una moneda que él haya llevado encima medio día por lo menos. Ponlo á hervir en un jarro lleno de vino, echando también salvia y ruda, y al cabo de una hora sacas la moneda; tomas ésta con la mano derecha y te acercas al Galgo pronunciando estas palabras: «Rosa de amor y flor de espina»; luego le tocas el hombro izquierdo ligeramente, y él te seguirá á todas partes.

LA PELADA

«Rosa de amor y flor de espina», me ha dicho, ¿no es verdad?

EUSTAQUIA

Sí.

LA PELADA

Gracias, y adiós. (Vase con paso acelerado).

ESCENA XI

EUSTAQUIA—Recoge las monedas y las guarda en la bolsa indicada antes

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! ¡Cuánta imbecilidad! Me asombra la estupidez de ciertas gentes. Bien

dijo el que dijo que el hombre es el animal más tonto de la creación. ¡Je, je, je! Ahora, Eustaquia, á la calle. Hay que arreglar el asunto de Magdalena, y en seguida (Saca del cajón dos paquetitos) entregar á doña Apolonia el polvo de cuerno de ciervo, mezclado con flor de azulre, y á don Romualdo el remedio para impedir las infidelidades de su esposa. Muy bien. En campaña, pues. (Se dirige á la puerta del fondo, que habrá dejado entornada la Pelada; pero en este momento la abre con violencia Pascual, quedando un momento contemplando á Eustaquia con ira. Esta retrocede un paso entre asustada y sorprendida).

PASCUAL

¿Te has asustado? (Con ironía)

EUSTAQUIA

(Repuesta ya). No me ha hecho gracia tu manera de entrar en casa ajena, sin previo aviso.

PASCUAL

Quizá si hubiera avisado no me recibieras.

EUSTAQUIA

Sí, hijito, sí. ¿Y por qué no? (Pausa). Yo te creía de viaje á Misiones. Parece (Con malicia) que aquellas tierras de indios no convidan al trabajo.

PASCUAL

Hacía falta en otra parte.

EUSTAQUIA

¿Sí, eh? Bien, bien. (Pausa). Dime el objeto de la visita, pronto, porque me esperan, Pascual.

PASCUAL

Me trae aquí un asunto muy grave. (Con solemnidad).

EUSTAQUIA

Mira, si es mal de amores, te prepararé unos polvos de médula de lobo y de cabeza

de sapo, puesta á secar en la primera quincena de diciembre.

PASCUAL

Eustaquia; noto que te burlas de mí.

EUSTAQUIA

No lo creas; es un remedio infalible. Si deseas hacerte amar de una mujer, tráeme un poco de su cabello; con él se liga el corazón de una rana.....

PASCUAL

(Interrumpiendo.) Basta, basta, mala mujer. Tus supercherías me repugnan y tu maldad me espanta. ¿No sabes á qué he venido? A saber de Magdalena, á preguntarte que has hecho de ella.

EUSTAQUIA

¿De quién me hablas? ¿de la hija de Moisés? Es ya una mocetona que hace años camina sola.

PASCUAL

(Conteniéndose.) Eustaquia, no provoques mi enojo.

EUSTAQUIA

(Con calma.) Pascual, no me hagas perder tiempo. (Ademán de irse.)

PASCUAL

Es inútil; no has de irte (Deteniéndola con un gesto). Espera y escucha. Debía marchar, como tú sabes, á Misiones. La necesidad de vivir y el trabajo me obligaban á alejarme de los dos únicos seres que idolatro en el mundo, de Moisés y de Magdalena; y cuando antes de partir solicité una amorosa promesa de la mujer ambicionada, de aquella que desde mucho consideraba como mía, descubrí en ella un corazón sin ideales, y no pude arran-

car de sus labios más que frases ambiguas, pronunciadas con desasosiego y vergüenza, con la vista baja y la cara enrojecida. Entonces me di cuenta del alcance de las misteriosas conferencias que con ella tenías; y á pesar de mi creencia en la virtud de Magdalena, una sospecha terrible cruzó mi mente; ¿no sabes cuál es, Eustaquia? Que trataras de manchar su honra con tu inmunda baba. ¿Qué? (Por un movimiento de hombros de Eustaquia). ¿No te importa? ¿Qué has hecho de Magdalena? (Agarrándola de un brazo). ¿A qué viene á esta casa, donde el vicio rezuma por sus paredes? Toda la tarde de ayer y toda la de hoy ha estado aquí; y aquí se ha encontrado con ese canalla de guante blanco llamado Arturo. Contesta. (Sacudiéndole el brazo).

EUSTAQUIA

(Desasiéndose y apartándose algo). ¿A qué ha venido Magdalena? Pues... (Con maliciosa sonrisa) á visitarme.

PASCUAL

¡A visitarte á tí! Eustaquia, no mientas, no te burles de mí, porque te arrancaré la lengua. (Dando un paso amenazador).

EUSTAQUIA

(Con altanería). ¡Eh! señor matón; esto es pasarse de la raya. Advierta que está en mi casa y que es una hazaña propia de un cobarde amenazar á una mujer anciana.

PASCUAL

Sí, ¿eh? (Con amarga sonrisa). En balde invocas mi nobleza y te escudas en tu debilidad. ¡He de tratarte como mereces!

EUSTAQUIA

¿Y quién eres tú para juzgar de mi conducta y de mis actos?

PASCUAL

¿Quién soy yo, bruja maldita? Soy el guardián del honor de Magdalena.

EUSTAQUIA

(Riendo). ¡Je, je, je! Pues, mira que te has dormido.

PASCUAL

¿Qué dices? (Con grito ahogado).

EUSTAQUIA

(Con calma). No seas nene, Pascual, y cálmate. El pan de cada día faltaba en casa de Moisés, y no había de dónde sacarlo, ¿entiendes?... y como Arturo lo ofrecía á la hija y....

PASCUAL

¡¡Ah!! (Con grito terrible. Pascual da un salto, se apodera de Eustaquia y apretándole el cuello la arrastra unos cuantos pasos). ¡Lo sospechaba! Magdalena queri.... ¡Oh! ¡esto es terrible! Y tú. (Sacudiendo á Eustaquia) sierpe venenosa, incitándola á la deshonra....

EUSTAQUIA

(Con voz algo apagada). Suelta, canalla.

PASCUAL

Recibiéndolos en tu casa.

EUSTAQUIA

(Con desesperación). ¡Suelta, suelta!

PASCUAL

No. ¡si quiero ahogarte! (Después de un largo suspiro). Para que.... (Le da un empujón y la tira contra el suelo). ¡No he de emporcar mis manos con tu muerte! (La mira por breves momentos). ¡Ah! ¿Y Moisés? (Reacciona, sintiendo el deseo de pisotearle la cabeza). ¡No! (Enérgico). ¡Que te castigue la justicia! (Vase rápidamente).

ACTO CUARTO

El escenario representa un cuarto modestamente arreglado. Los muebles se reducen á un sencillo juego de sala y á una mesita, en la cual habrá unos cuantos libros y papeles. Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA I

MOISÉS (sentado)

La pérdida ó robo de mis memorias ofrece no poco de raro. Yo no creo, como Magda, que se extraviasen al cambiar de casa. Las guardaba en el baúl con otros objetos, y no se concibe su desaparición, quedando intactas las demás cosas. Por otra parte, el robo no se explica, por carecer de todo valor material. (Pausa). Las pondría quizá Magda en algún sitio que ahora no recuerda. ¡Magda! (Llamándola). ¡Magda! Déjalo ya. (Sale Magdalena por la puerta de la derecha). Ya buscarás estos dichosos papeles otro momento.

ESCENA II

MAGDALENA—MOISÉS

MAGDALENA

¡Caramba! No puedo dar con ellos. Y lo peor del caso es que no atino, no estando en el baúl, dónde pueden quedar guardados.

MOISÉS

Ya te ocuparás en ello cuando regreses de tu viajecito. De todos modos, yéndose mi secretaria, no hay que pensar en escribir. (Pausa). Es temprano todavía, ¿verdad?

MAGDALENA

¡Sí, acaban de dar las seis en Santa Catalina.

MOISÉS

Entonces puedes dedicarme un ratito, ¿no es eso?

MAGDALENA

(Muy cariñosa). Todo el tiempo que tú quieras.
(Se sienta á su lado).

MOISÉS

No; tan sólo el que te permitan tus obligaciones.

MAGDALENA

Mis obligaciones se reducen á una sola.

MOISÉS

¿Cuál?

MAGDALENA

A quererte, á mimarte. (Le besa la frente).

MOISÉS

¿Tan grande es tu cariño, mentirosilla?

MAGDALENA

Si con tus ojos muertos pudieras verme, el sonrojo y la vergüenza enmudecerían mi lengua al intentar la pintura del amor que te profeso; pero á mi ciegucecito le digo con el alma puesta en cada una de las palabras: que si vivo es porque vive mi padre; que la miseria y la pobreza me contarían entre sus víctimas, si la existencia del más bueno de los hombres no exigiera la conservación de la mía; (Con exaltación) que conseguir un placer para mi padre, satisfacer sus caprichos, llenarle sus deseos es una obligación tan grande para la hija, un deber tan imperioso para Magda, que para alcanzar su cumplimiento, cualquier sacrificio es poca cosa.

MOISÉS

(Aparte). ¡Pobre hija mía! Todo corazón, como la madre.

MAGDALENA

¿Qué dices?

MOISÉS

(Tomándole las manos). Digo, que eres una joya, que conmigo se ha cumplido la ley de las compensaciones.

MAGDALENA

¿Qué es eso, padre?

MOISÉS

Una ley que han formulado algunos mimados de la fortuna para aquietar y contentar á los hijos de la miseria. Dicen que la dicha y el infortunio no son completos; que se reparten equitativamente; que la desdicha de la pobreza la compensan el placer de la salud y la escasez de las necesidades, y que los deseos de gloria, de poder y de mando amargan las comodidades de los ricos. Ya ves (Sonriendo) que el que no se contenta es porque no quiere.

MAGDALENA

Algo de verdad encuentro en ello.

MOISÉS

No lo creas, Magda. La tal ley no tiene ningún fundamento.

MAGDALENA

¿Y cómo afirmabas que contigo se cumplía?

MOISÉS

Por excepción; y con todo, las objeciones abruman. Dime: ¿la felicidad de tenerte por hija no sería completa si no estuvieras obligada, por atender á tu padre, ciego, anciano y achacoso, á trabajar sin descanso?...

MAGDALENA

(Avergonzada y tapándole la boca). Siempre lo mismo; no sigas!

MOISÉS

Dale; es necesario hacer constar que trabajas más de lo que debes. La Sociedad tiene derecho de exigir tu cuota de labor como obrera de la colmena; pero es injusta al condenarme á vivir á expensas de tu salud.

MAGDALENA

¡Oh! no...

MOISÉS

Es que tu tarea es exagerada. De la mañana á la noche fuera de casa, preparando labores, dirigiendo costuras, atendiendo á la venta, procurando las compras....

MAGDALENA

(Muy afligida). ¡No, no!

MOISÉS

Sí, sí; ya estoy enterado por Eustaquia; ya conozco la importancia de tu colocación. Es claro, la respetable cantidad que ganas no te la regalan, hija mía.

MAGDALENA

¡Oh! basta; no puedo más; ¡qué horrible tortura! (Levantándose y con el pañuelo en los ojos).

MOISÉS

(Con extrañeza). Pero, ¿qué es esto? (Le toma una mano). ¡Tú tiembles! (Aparte). ¡Caso extraño! (Alto). Magda, tú me ocultas algo.

MAGDALENA

(Hablando con entrecortada rapidez). No; ¿qué estás diciendo? ¡Ocultarte yo á tí! ¡Mis nervios!.... ¡No repites que los tengo desequilibrados? Pues, eso es, y no otra cosa. ¡Perdóname!

MOISÉS

Pero, ¿de qué?

MAGDALENA

De nada.... sí; del mal rato que te estoy dando. Bueno, (Carísimísima) no hablemos sino del cariño inagotable que nos une, ¿verdad?

MOISÉS

Sosíégate.

MAGDALENA

¡Si estoy sosegada! ¿No ves? ¡Si estoy riendo! (Ensayando una sonrisa). Ahora, con tu permiso..... es un poco tarde.

MOISÉS

Sí, vete. Y.... ¿hasta cuándo? ¿Hasta pasado mañana?

MAGDALENA

Sí.

MOISÉS

¿En una estancia cerca de Merlo?

MAGDALENA

Sí.

MOISÉS

Ven, pues, acerca tu cabeza. (La besa en la frente). (Magdalena se va, y al llegar á la puerta del fondo siente un fugaz deseo de hablar á su padre; pero arrepentida al momento, dice aparte):

MAGDALENA

No, ahora no; pero en cuanto vuelva .se lo digo todo, aunque me mate.

ESCENA III

MOISÉS

(Pensativo y después de una larga pausa). Es innegable. En el corazón de Magda luchan encon-

tradas pasiones. La calma serena de su vida ha desaparecido ante algún accidente extraordinario; y lo prueban sus evasivas, sus respuestas entrecortadas, y la intensa emoción que la perturba cuando sondeo los arcanos de su conciencia. Tan cándida, tan pura, tan sincera hasta ayer, la veo cavilosa, inquieta y trastornada desde que el dinero golpeó las puertas de mi covacha. ¡El dinero!.... ¡Oh, no!.... Sal de mi cabeza, idea punzadora que me taladras las sienas..... ¡Magda capaz de vender su honra por oro!.... ¡Imposible! No, no insistas, cerebro ruín, que «el pecado es la miseria»..... No me recuerdes esta frase, no; ella no se escribió para Magda. (Se levanta agitadoísimo, y al tropezar con un sillón, vuelve en sí). ¡Pobre hija mía! Hasta tu padre enloda tu pureza.

ESCENA IV

PATRICIO—MOISÉS

PATRICIO

(Como hablando con alguien del pasillo del fondo). Está bien. Gracias.

MOISÉS

¿Quién será?

PATRICIO

¿Me da usted permiso, Moisés?

MOISÉS

Pasa. ¿Quién eres?

PATRICIO

Patricio. Aquel pobre de San Nicolás, que...

MOISÉS

¡Ah! sí; ya recuerdo. Dame tu mano. (Se la estrecha). Ven, siéntate y habla. (Se sienta).

PATRICIO

La desgracia no se cansa de perseguirme. Necesito de consuelo, y á usted recurro. (Tose).

MOISÉS

Soy tu hermano, y como á tal háblame; ¿qué quieres de mí? ¿un consejo? Pide, mi corazón hallarás abierto; ¿un apoyo? á mal árbol te arrimas, ya se tambalea.

PATRICIO

Algo de todo, Moisés. (Pausa). Hace dos años quedé viudo con una hija de catorce, que entró al servicio de la familia de Jorge Pardo, rico estanciero, obligándome la extrema miseria á dejar que la muchacha se procurase la subsistencia, puesto que el padre, enfermo y sin trabajo, difícilmente conseguía la suya. Mi crónica afección del pecho llevóme al hospital y vime sepultado en la cama durante más de dos meses. Tres visitas recibí de Laura, que así se llama la hija por quien lloro, en el primer mes; después nada. (Tose). Enfermo todavía salí de San Roque, y acongojado y temeroso de una desgracia, fui por mi hija, y por boca del portero supe que no estaba en la casa; solicité una entrevista con el señor Pardo en procura de informes y llamé á su puerta en vano. Inquirí, solicité el apoyo de la policía, y ésta, sin dar mayor importancia al asunto, despidióme pronto por importuno. No cejé en el propósito de saber su paradero, hasta que la bondadosa cocinera del señor Pardo me contó la desventura de mi Laura. (Tose). Un hijo de aquél, imberbe estudiantillo, dió en requebrar á la muchacha, y según parece tomaron los amores tan á lo serio que concertaron una fuga en regla. Los padres del mozalabete se dieron cuenta de lo que pasaba, y pretextando un viaje á Misiones, se hicieron acompañar de la muchacha, y una vez en Posadas la despidieron.

MOISÉS

¡Esto es inicuo! Y luego....

PATRICIO

Nada más sé.

MOISÉS

¿Y tu hija no te ha escrito?

PATRICIO

No conoce una letra.

MOISÉS

La eterna historia. Siempre la miseria y la ignorancia sirviendo de escabel á la infamia y la injusticia. No desesperes, Patricio. Si te quiere y es buena muy pronto se pondrá en relación contigo.

PATRICIO

Y entre tanto....

MOISÉS

Espera; que algo puedo hacer en favor tuyo.

PATRICIO

¡Bendito sea Dios! ¡Ya lo creía! Mira, Moisés, cuando la Pelada me dijo en burla que te viera, en serio imaginé un buen resultado.

MOISÉS

¿Y qué te dijo la Pelada, buen Patricio?

PATRICIO

(Naturalísimo). Con aquel desgarró que tú conoces, me gritó: anda, penca, calzonazos, habla á Moisés, y él podrá hacer mucho por tí, porque ahora su hija se trata con muchos señorones. (Tose).

MOISÉS

¡Ah!... (Con grito de dolor y con la mano en el pecho).
¿Mi hija con muchos señorones? ¿Qué has di-

cho, mal hombre? (Agarrándole un brazo). Mi hija CON.... (Con las manos á la cabeza). ¡Oh! no. (Con violenta transición). Disculpa mi cólera, Patricio hermano.

PATRICIO

Es que yo no pensaba....

MOISÉS

(Enérgico). Tú no puedes pensar nada. (Con rapidez). Decía que daremos con tu Laura, porque hacia Misiones marcha un muchacho, un obrero, ¿sabes? un hijo del pueblo, ¿entiendes? y á éste encargaré por carta el hallazgo de tu hija.

PATRICIO

¿Y lo hará?

MOISÉS

Sí, porque es honrado. (Levantándose).

PATRICIO

(Levantándose). Gracias, Moisés, ¡bendito seas! (Se dan las manos).

MOISÉS

Adiós, Patricio. (Pausa).

ESCENA V

MOISÉS

(Apoyándose en el respaldo del sillón y con una mano en el pecho). Siento romperse el resorte de mi vida. Corazón, todavía no; no dejes de latir, aunque sea por poco tiempo, el necesario para saber si mis temores se confirman. (Pausa). ¿Para qué? Si leo en mi mente la terrible historia con todos sus detalles. Mi enfermedad, la falta de trabajo, su juventud, sus encantos, el amor que me tiene, el vicio que espía....

¡ah! todo te ha empujado, hija mía, en la senda del deshonor; todo te ha precipitado, Magda infeliz, en el camino de la deshonra. (Pausa). ¿Qué has hecho, Magda? Tú, mi hija, vencida por el placer.... No, eso no. (Con enérgica protesta). ¡Ay! tu pecado es el censo de carne, el derecho de pernada que cobran la injusticia y el dinero á la miseria. (Golpeándose la frente). Sí, razón, ya te entiendo; tus conclusiones pisotean de una manera brutal todas mis esperanzas; tu lógica cruel es un círculo de hierro que me estrangula; no; yo no quiero tu luz que me enloquece, tu luz mensajera de mi muerte, luz de incendio que ha de abrasarme sin medios para defenderme; no, yo quiero un rayo de sol que alumbré estas concavidades (Por sus ojos); que lleve á mi retina la imagen de este escenario infame, donde se representa la tragedia espantosa de mi vida, y con luz en mis ojos hallaré armas para defenderme de tí, Sociedad cobarde, para agredirte, para arrancar á mi hija de tus brazos malditos, tentáculos inmundos con que ahogas la virtud de los pobres. (Camina lentamente; se sienta en el sofá de artes, y queda un momento pensativo). Hija, ¿dónde estás? (Como saliendo de un sueño) ¿por qué te has ido? Ven, y aquí contra mi pecho, en un abrazo de amor infinito, así apretado (Signo de estrangulación), buscaremos en la muerte la paz bendita. (Fatigadísimo se inclina á un lado del sillón, apretándose el corazón).

ESCENA VI

MOISÉS — PASCUAL

Este se ha detenido á escuchar las últimas palabras de la escena anterior

MOISÉS

(Con visible esfuerzo). Esta llama se apaga.....
¡Me ahogo!

PASCUAL

(Corriendo hacia él). ¡Moisés!

MOISÉS

Pascual, hijo mío, ¿eres tú? ¿Qué es eso? ¿No estabas de viaje?

PASCUAL

Sí.... digo, no. Debía salir hace tres días; me quedé para presenciar la muerte de mis ilusiones. (Transición). Pero.... tú estás enterino. (Con mucho interés). Tu rostro demacrado revela un profundo dolor. Moisés, ¿qué tienes?.... ¡Y estás solo!.... Y Magdalena, ¿dónde está Magdalena?

MOISÉS

Magdalena, ¿mi hija? no sé. (Con amargura).

PASCUAL

¿Qué dices? Habla. ¿Ha llegado hasta aquí el eco de tu desdicha?

MOISÉS

También tú, Pascual, también sabes....

PASCUAL

En camino de Misiones, y no en tu casa estaría, si al ofrecer mi corazón á Magdalena y al pretender arrancarle una promesa al despedirme no hubiera adivinado en su turbación la borrasca que ha hecho naufragar su virtud.

MOISÉS

(Con dolorosa interrogación). ¿Entonces?

PASCUAL

¡Que Magdalena se ha perdido! (Pausa). (Durante un breve momento, los interlocutores permanecen con la cabeza baja. Pascual reacciona pronto, y con energía, dice): Moisés, sabe, tú que eres su padre, que en aras de tu felicidad se ha sacri-

ficado; que el error y no el vicio la ha vencido; que es otra víctima de la miseria; mártir y no criminal; desgraciada y no delincuente.

MOISÉS

¿Verdad que es así? ¡Repítelo, repítelo!

PASCUAL

Anoche fui un cobarde; no tuve valor para aplastar la cabeza de Eustaquia, la inmunda Celestina, la engañosa bruja, que ha preparado la caída de Magdalena. En la casa de ella se ve tu hija con un elegante, con un canalla, de cuyo dinero comes, llamado Arturo, á quien apretaré el cuello y haré lamer con su lengua el polvo de mis zapatos.

MOISÉS

¡Qué iniquidad! ¡qué infame injusticia! (Con esfuerzo). Pascual, yo me ahogo... ¡este corazón!... Yo quiero vivir, yo no quiero morir sin tener á Magda en mis brazos, sin decirle que yo no quería su sacrificio; sin sacarla del lodo en que ahora gime. (Pausa). ¡Ayúdame, acompáñame!... vamos por ella. (Se levanta, da un paso, y queda apoyado en el sillón).

PASCUAL

¿A dónde?

MOISÉS

Es cierto.... me dijo que tardaría tres días en volver.... que iba á Merlo....

PASCUAL

¡Mentira!

MOISÉS

Mentira; tú lo has dicho.... A la calle, Pascual. Quien sabrá de ella es Eustaquia. ¡Ay de tí, vieja malvada, si me ocultas su paradero! (Al ponerse en marcha aparece por la puerta del fondo un oficial de policía y un agente). ¡VAMOS, VAMOS!

ESCENA VII

MOISÉS—PASCUAL—UN OFICIAL DE POLICÍA—UN AGENTE

PASCUAL

¡La policía!

MOISÉS

¿La policía?

OFICIAL

Sí, que viene á cumplir con un penoso deber. ¿Es usted, pobre ciego, Raimundo Rocamora (á) Moisés?

MOISÉS

Sí; yo soy.

OFICIAL

Para usted es esa nota de la Jefatura. (Se la entrega, y vase con el agente).

ESCENA VIII

MOISÉS — PASCUAL

MOISÉS

Lee, Pascual. (Le entrega la nota y dice aparte). No sé, el temor de otra desdicha me hace temblar como un niño.

PASCUAL

(Leyendo). «Ministerio del Interior.—El Poder Ejecutivo, en uso de las facultades que le acuerda la ley número 4144 del 22 de noviembre de 1902, viene á decretar la expulsión del súbdito español señor Raimundo Rocamora del territorio argentino, cuya salida del mismo hará efectiva el interesado en el plazo improrrogable de tres días»... ¡Oh! (Estruja el papel y lo tira iracundo).

MOISÉS

(Apoyado en el sofá para no caer). ¡Ah! no puedo más; esto colma la medida. Pascual, ven; no me abandones; voy á morir. Esta Sociedad, que tanto aborrezco, me ha vencido y me mata. Me ha robado la hija uno de sus miembros, uno que es orgullo de sus paseos (Apagándosele lentamente la voz) y de sus palacios... y la Sociedad... corrompida... le presta la ley .. y pone en sus manos... la policía... para eliminar... al padre... para suprimir los estorbos...

PASCUAL

¡Moisés, valor!

MOISÉS

(Con violento esfuerzo). ¡Ah! Quisiera tenerte aquí, Sociedad, con todos tus privilegios... con todos tus egoísmos... con todas tus injusticias... personificada en un poderoso... (Con energía) para que recibieras el último salivazo de un moribundo... (Agotadas sus fuerzas va á caer, y es sostenido por Pascual).—(Recostado casi en el suelo). ¡Pascual!... Se me olvidaba... Un desgraciado... otra víctima... como yo... un pobre de San Nicolás... llamado Patricio... sufre los rigores... de la injusticia... socórrelo! (Con voz muy apagada). Lucha, no desmayes... eres joven... y el reinado de... la... equidad... está próximo... Y á Magda... á mi pobre Magda... no la abandones... sé, Pascual... su hermano... ya que no puedes... ser... su... ma...ri...do. (Muere).

TELÓN RÁPIDO



CRÍTICA

DE

“EL PECADO ES LA MISERIA”

Por los principales diarios de Buenos Aires

La sanción del público que asistió anoche á presenciar el estreno del drama **EL PECADO ES LA MISERIA**, original del conocido escritor español señor Martín Dedeu, fué indiscutiblemente favorable y aun entusiasta para la obra, y en alto grado lisonjera para el autor. Lo primero, porque los aplausos de la sala interrumpieron la representación en gran número de escenas, se repitieron con calor al final de todos los actos, y el autor fué llamado repetidas veces al palco escénico; lo segundo, porque la concurrencia era genuinamente intelectual, como formada en su inmensa mayoría de profesores, estudiantes y periodistas.

(De *La Prensa* del 23).



EL PECADO ES LA MISERIA—Digimos ayer que el drama estrenado en el Teatro Argentino con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, había merecido unánimes y sinceros aplausos de la selecta concurrencia que había asistido á la representación. Si las obras teatrales, escritas para ser contempladas en acción que remede el movimiento de la vida,

deben fiar en gran parte su éxito al fallo de los espectadores, que constituyen, por decirlo así, el tribunal de primera instancia, el autor señor Martín Dedeu debe estar satisfecho. El voto del público le ha sido enteramente favorable, y el estreno de su obra ha constituido un indiscutible triunfo.

No ha de serle menos propicio el veredicto de la crítica, si hemos de juzgar por nuestras propias impresiones; pero este juicio, formulado ya en frío, y entibiado el entusiasmo de las emociones inmediatas, tiene que ser forzosamente razonado, y sometido á la comprobación del análisis. Ni la crítica cumpliría su misión, emitiendo su parecer con el carácter de decisiones inapelables, ni á un autor dramático pueden satisfacerle unas cuantas frases de alabanza, proferidas en el tono amable de una frivolidad complaciente.

El drama estrenado en el Argentino no ha sido escrito para el público que asistió á la primera representación, sino más bien para una asamblea popular, predipuesta en favor de soluciones radicales y extremas. Es una obra de propaganda, un recurso de apostolado en defensa de ideas preconcebidas. Por esto hay que hacer respecto de ella una distinción perentoria. Las bellezas de pensamiento y de forma en que abunda deben ponerse á buena cuenta de tuturos triunfos en el haber del dramaturgo; los defectos de que adolece, como los hay siempre en toda producción artística, por ser obra humana, deben atribuirse al género á que el drama pertenece.

EL PECADO ES LA MISERIA es una creación deliberadamente tendenciosa, una obra de tesis que el señor Dedeu ha utilizado para dar expresión y relieve plástico á las ideas de renovación social, como podría haber escogido para lograrlo, un libro, un folleto de propaganda ó un discurso; y como el autor es hombre ilustrado, de gran preparación intelectual,

domina el idioma y posee estilo vigoroso, el drama está literariamente escrito, expuestas las doctrinas con claridad, y las pasiones bien analizadas; pero estas mismas cualidades ponen demasiado al descubierto el propósito del dramaturgo, y se ve excesivamente el elemento subjetivo, personal, la mano del autor, con menoscabo de la acción y de los personajes, á cuyo impulso se desarrolla, que constituyen el elemento objetivo, primordial, característico é insustituible en la creación escénica.

De aquí nacen sin duda los lunares que la crítica encontrará en la obra: tales como alguna indecisión en los caracteres, el exceso de análisis, un poco de difusión en el lenguaje y la prolongación de ciertas escenas, que habrían ganado mucho en intensidad y fuerza dramática, de haber sido más breves y rápidas.

Lo que decimos de los caracteres se nota principalmente en el del protagonista, Moisés, que por ser de una pieza, adolece de rigidez extremada. De todos los personajes de la obra, Eustaquia, verdadera celestina, es el mejor estudiado y concluído; y dicho sea en rigor de verdad el mejor interpretado de todos. El diálogo entre Moisés y el sacerdote, es un ejemplo de la difusión á que aludimos. Es una polémica que peca indudablemente de minuciosa y larga, para ser sostenida en el escenario de un teatro; pero estamos por creer que el autor ha dado á esas escenas tales proporciones, á sabiendas del peligro, porque ha querido que sea una verdadera profesión de fe.

El desenlace se precipita demasiado á nuestro juicio, y de aquí que no cause la muerte trágica del protagonista la honda impresión que debería producir en el ánimo del espectador. Se han aglomerado allí demasiadas negruras.

No obstante los reparos que hemos puesto

más al género dramático á que pertenece **EL PECADO ES LA MISERIA**, que á la obra en sí misma, es justo reconocer que el señor Dedeu se ha revelado autor de cualidades nada comunes, y que su primera producción teatral es feliz presagio de mayores empresas.

(De *La Prensa* del 24).

El drama **EL PECADO ES LA MISERIA**, estrenado aquí anoche, gustó interés y fué aplaudido en muchos pasajes, obteniendo además varias llamadas á los actores y al autor don Martín Dedeu, pues aunque su asunto—una joven de buen fondo arrancada de la honrada estrechez de su hogar por las seductoras artimañas de un ricacho libertino—dista mucho de ser nuevo en el teatro, el de este drama está presentado con bastante arte escénico para producir efecto en los espectadores de buen corazón, así con ciertas situaciones de resultado infalible, como con las tiradas declamatorias á que aquéllas dan motivo ó pretexto, y que en el fondo dañaban más que reforzaban los efectos legítimos de la acción por la furia propagandista que las informaba. He aquí uno de los inconvenientes del teatro propagandista. Al público no le place que se aproveche la excitación provocada de su sensibilidad y sorprender su inteligencia haciéndola aceptar y hasta aplaudir en el calor del momento dramático determinadas ideas. Para maniobrar eficazmente sobre la razón con el arma del sentimiento, se requiere mucha sobriedad, mucho pulso, mucha picardía, vaya, y ésta no le sobra al autor, dicho sea en honra suya. Crea, pues, el señor Dedeu, que sus sonoras tiradas de anoche obtuvieron muchos más aplausos que adhesiones verdaderas, y crea que fueron seguramente muy pocos y muy jóvenes los que

participaron de su ilusión de figurarse que el cuadro de la pobreza seducida por el oro presta irrefutable argumento contra la organización social. La caída de una mujer joven y apta para el trabajo, como Magdalena, arranca de causas más complejas que la única á que se aferra el autor para fundar su propaganda exclusivista. Sea cualquiera la organización social futura, nunca faltarán adinerados ociosos que sepan alucinar á la pobreza no resignada ó á la virtud vacilante de las Magdalenas del porvenir.

Los actores pusieron mucho celo y acierto en favor de la obra, distinguiéndose el señor Peña en el papel del viejo Moisés, padre de Magdalena, que ciego, achacoso y mísero, ve caer con espanto y hondo dolor sobre su cana cabeza la ignominia de que le cubre el extravío de su hija; y para colmo se ve expulsado del país por la ley de residencia como propagandista revolucionario. Acertaron mucho también, la señora Cuello en el papel de Magdalena, la señora Zamora en el de la «medianera» Eustaquia, el señor Martínez en el de Arturo, el seductor de la primera, y los señores Verdier, Raux, Linares y demás en los restantes.

(De *La Nación* del 23).

Un éxito tan franco y ruidoso como merecido alcanzó anoche en este teatro el drama en cuatro actos y en prosa *EL PECADO ES LA MISERIA*, original de nuestro estimado amigo y distinguido compatriota don Martín Dedeu, presidente del Centro Catalán.

Es una obra de tesis, escrita con elegancia y gallardía y en que el autor expone sus ideas reformadoras y socialistas con un brío y profundidad dignos del elogio de la crítica y de los aplausos que le prodigó el público que

llenaba el elegante coliseo de la calle Bartolomé Mitre.

En el drama de don Martín Dedeu se fustigan vigorosamente las iniquidades sociales, se combate la insoportable tiranía de la riqueza endiosada que no reconoce freno en sus apetitos, convirtiendo á los desheredados de la fortuna en parias, más infortunados que los antiguos siervos de la gleba, y que se ven torzados en un siglo de aparente libertad y mentida igualdad á pagar á los opulentos no sólo el tributo de su fuerza muscular y de su sangre, sino también con frecuencia el de su honor.

El ciego Moisés, protagonista de **EL PECADO ES LA MISERIA**, tiene una hija hermosa á quien la espantosa miseria de su hogar y los vergonzosos ardides de una Celestina arrastran por la senda del vicio. El infortunado padre de Magdalena, representante de la protesta noble y honrada del proletario inteligente contra la tiranía del capital, no sólo tiene que sufrir la amargura de ver ultrajado el honor de su hija, sino que es condenado al extrañamiento de la República Argentina, en virtud de la famosa ley de residencia, que tantos abusos favorece y se presta á tan odiosas iniquidades.

Los actores, y muy especialmente el señor Peña y la señora Cuello, supieron dar realce á sus interesantes papeles y contribuyeron mucho al triunfo de la obra.

Este fué seguro desde el primer acto, á cuyo final fué llamado entre grandes aplausos el autor, así como en todos los restantes.

Al terminar la obra hubo de salir seis veces al palco escénico, siendo objeto de una verdadera ovación, que se repitió cuando, instado por una parte del público, habló el señor Dedeu, pronunciando un breve y elocuente discurso en que expuso sus ideas estéticas, mostrándose partidario de que las obras teatrales, sin perjuicio de mover los

sentimientos, se dirijan principalmente á la razón. Felicitamos calurosamente al señor Dedeu, que ha demostrado en esta su primera obra extraordinarias dotes para el cultivo del difícil arte dramático.

(De *El Correo Español* del 23).

Nuestro coliseo de la calle Bartolomé Mitre reunió en la noche del martes último un público que poco se acostumbra ver en ese teatro, por su homogeneidad y su ilustración. No era para menos, pues se trataba del estreno de *EL PECADO ES LA MISERIA*, cuyo autor, el escritor español señor Martín Dedeu, es tan conocido en el mundo del profesorado y del periodismo, así como entre la juventud estudiantil.

Sin entrar á criticar la obra, que tiene realmente mérito literario, creo oportuno dar á conocer la verdadera impresión que dejó en el ánimo de los presentes, así como algunas observaciones del caso, especialmente en estos momentos de efervescencia general.

El argumento del drama no ofrece, á primera vista, nada de extraordinario, pues se trata simplemente de una joven que la miseria arrastra al vicio. Sin embargo, las diferentes escenas que se suceden, perfectamente encadenadas, indican bien pronto que la materia de la obra no es tan fútil como puede parecer, porque se trata efectivamente y en realidad de una propaganda á favor de soluciones radicales. Es cierto que el autor se vió aplaudido, muy aplaudido, y que fué para él un verdadero triunfo. Pero cabe preguntar sinceramente si los aplausos se dirigieron á la obra misma, al autor ó la compañía. Mi opinión, que, sea dicho de paso, es también la de cantidad de espectadores, á quienes tuve ocasión de consultar al respecto, me inclina á afirmar, dada la composición exclusivamen-

te intelectual del público, que el éxito se debe á la forma y á la perfecta interpretación, más bien que al fondo esencialmente «socialista», para decir la verdadera palabra.

Por medio de una hábil artimaña, valiéndose de flores de literatura, para decirlo así, con escenas patéticas y de mucho efecto, el señor Dedeu supo aprovechar la sensibilidad pública para arrancarle aplausos que en realidad no le hubiera dado en otras circunstancias.

Es, pues, lógico asegurar que es al señor Dedeu, escritor, literato, y no á su pensamiento ni á las ideas vertidas, á quien se dirigieron las señales de aprobación y hasta de entusiasmo de que fué objeto repetidas veces durante la representación y al terminarla. Fortifica esta opinión el hecho de que el pueblo, y especialmente la clase obrera socialista, para quien en realidad había sido escrito el drama, faltaba en absoluto, pudiendo, por consiguiente, asegurarse que á la vez que un triunfo literario resultó un fracaso en cuanto al fondo. Queda, desde luego, perfectamente establecido y ampliamente comprobado que, contrariamente á lo que se ha dicho tantas veces, el socialismo no existe en realidad aquí, y nada más natural si se tiene en cuenta que no tiene razón de existir en un país que, como el nuestro, no tan sólo trabajo, sino que puede proporcionar aún á millones de obreros además de lo necesario, el bienestar y hasta la fortuna que inútilmente buscan en otra parte.

Al felicitar á los artistas por la perfección con que desempeñaron sus respectivos papeles, me permito aconsejarles reserven esta obra para Barcelona, donde, por cierto, conseguirán lo que no obtendrán aquí, es decir, pueblo, masa entusiasta y pingües beneficios. El terreno es demasiado virgen en nuestra tierra: las ideas socialistas no prosperan; el bienestar general las ahoga.

(De *El País* del 26.)

Aun conservo fresco el recuerdo de la prédica del maestro autor, en pro del arte de ideas, y aun oigo las palabras vibrantes que le servían de fusta para azotar á los autores que, mezquinos en aspiraciones é ideales, daban como producto de su intelectualidad obras teatrales de puro deleite, contrariando en principio la fórmula que fué de grandes autores «enseñar deleitando» y que debe ser hoy el molde donde todos los autores vacíen sus obras... pero, voyme contradiciendo; el título es crítica y estos son recuerdos.

* * *

Anoche estrenóse una obra nueva—no hay redundancia—en el Argentino. Su nombre, **EL PECADO ES LA MISERIA**; autor, Martín Dedeu.

Nueva, porque se estrenó, y lo que es mucho más, nueva entre nosotros por su finalidad, pues la obra no entra á formar número entre esas producciones híbridas que vemos figurar por algunos días en los carteles avisadores, desapareciendo al poco sin dejar nada, ni siquiera un surco delineado que pueda ser ahondado para que allí caiga semilla, promesa de frutos.

No, en **EL PECADO ES LA MISERIA** viven ideas, doctrinas, ideales; los hombres-representaciones se mueven y hablan en las tablas, en un desarrollo de acción que son enseñanzas de todas maneras, pues que aceptadas ó no las modalidades pensantes de que el autor se sirve para manifestar sus juicios sobre hombres y cosas, no puede dejarse de reconocer lo verdadero que así resulta el arte teatral.

El simbolismo realista en la escena hoy es la única forma en que se hace posible la presentación de personajes en las tablas, porque así lo exige la época, traducida en el gusto de los públicos. Ved las obras importantes que se han estrenado últimamente; todas se

mueven en un ambiente de un más allá que en la escena se muestra como un espejismo, que bosqueja y define teorías, como lo hace un autor de un libro.

El señor Dedeu, en su obra, consigue desprenderse de las viejas efectistas prácticas teatrales, creando personajes como el de Moisés, que son hechos de verdad y pensamiento. Es Moisés el personaje principal de la obra, el que por sí solo podía hacer una obra ó muchas obras teatrales.

Antes de entrar en la crítica de detalle, preguntamos: ¿es el fin de la obra evidenciar la mala organización social que nos rige, de manera que la comprendan todos? Si es así, salvando algunos defectos y mostrando con mayor crudeza la realidad, la obra llenará su objeto.

Ahora, si la obra se ofrece á la crítica artística, para que se juzgue su mérito, seguramente que se le harán observaciones, que no destruirán la obra ni la trama, pero que, observadas, completarán y harán más bella la producción del nuevo autor.

El tema no ha sido comprendido, no es Magdalena el punto inicial de la obra, es el ciego Moisés, que ve con los ojos de la inteligencia.

Parte de culpa tiene el autor en esta manera de interpretar, pues distrae á veces la atención con personajes que podían y harían mejor en no estar en la obra. Así el pordiosero cojo y el albañil en el cuarto acto no hacen falta y aun sobran, amén de que conoceu demasiada gramática, aprovechando, ya que hablamos de los pordioseros, para decir que «La Pelada» es excesivamente culta, resultando un personaje totalmente falto de realidad.

Aquí, el principal defecto. La falta de realidad. Se hace notable en muchos pasajes del desarrollo escénico la realidad, todavía vestida con algunos formulismos, que necesitarían un tirón de Zola, para que, una vez caídos,

viera el público la desnudez fría, cruda, dolorosa, pero ¡verdad!

Por lo demás, hay escenas y personajes que bastarían para una obra, sino aquella del diálogo entre el cura y Moisés, que me recordó la sublimidad del cuadro en que Víctor Hugo imagina la escena genial de la entrevista de Bienvenido con el paralítico que muere con el día, gritando más fuerte á medida que el frío se acerca á su corazón, verdades al mundo!

La escena de la adivina también pudiera ser tema único de una obra, siendo tal vez la escena más eficaz de la producción.

Un personaje que se me olvidaba, y que merece un estudio muy detenido, es Arturo, el cajetilla común y odioso.

Este personaje, del cual tanto partido pudiera sacarse, parece que hubiera sido descuidado por el autor. Arturo no es bastante sensual, no es cruel, ni tiene ese excepticismo, que no es más que bajeza de nuestra juventud, no hay en él pasión, llegando hasta ser casi tierno.

No, Arturo debe ser más refinado, más egoísta.... más real.

La Celestina es un personaje perfecto.

Todo esto en detalle hace ver que á primera vista el tema no es nuevo, pero váyase al fin, y allí se encontrará con ideas, teniendo yo entendido que si éstas son nuevas la obra también lo será.

El autor fué muy aplaudido por un público selecto, habiendo sido llamado á la escena repetidas veces.

Hoy al autor le tributo por segunda vez mis aplausos de ayer, que fueron muchos, creyendo que debe presentar su obra retocada, pues será entonces cuando con verdadero brillo lucirán las bellezas y verdades de su ingenio.

(De *El Tiempo* del 23).

Le succès de *EL PECADO ES LA MISERIA* va chaque soir croissant. Hier soir, les excellents artistes de la troupe dramatique espagnole ont été applaudis et rappelés après chaque acte. Ces témoignages de sympathie ne s'adressaient pas seulement aux interprètes: mais aussi à l'auteur qui a su donner à un personnage tant de naturel, à l'action tant de vie et au dialogue tant de vérité.

EL PECADO ES LA MISERIA figure au programme des deux représentations que la troupe espagnole donnera aujourd'hui.

(De *Le Français* del 27).

La troupe dramatique espagnole de M. Peña, a fort bien joué *EL PECADO ES LA MISERIA*, avant-hier soir. Aussi le public ne lui a pas ménagé ses applaudissements, non plus qu'à M. Dedeu l'auteur de la pièce, qu'il a réclamé avec insistance à la fin de la représentation.

M. Dedeu s'est présenté et a remercié, en quelques mots, les spectateurs du témoignage de sympathie qu'ils venaient de lui donner. Il a terminé son allocution en les invitant à lutter contre le mal qui ronge la société actuelle et qu'il a exposé avec un réel talent dans *EL PECADO ES LA MISERIA*.

(De *Le Français* del 28).

Im Teatro Argentino wurde zum zweiten Mal *EL PECADO ES LA MISERIA* von Dr. Martín Dedeu aufgeführt und mit grossem Applaus und Entusiasmus aufgenommen, besonders von den Galerien herab. Es ist ein Stück von grossem politischem und lokalem Wert mit tiefem Inhalt. Es spielt in Buenos Aires und handelt von dem Elend, das in des Armen

Hütte wohnt. Das oberflächliche «Geben», selbst von Pfaffen, wird fein behandelt. Es ist begreiflich, dass die Sünde einkehrt, besonders wenn die elende Wahrsagerin Eustaquia wie so viele ihres Typs in Buenos Aires herumlaufen, die Leute dazu verleitet. Gut ist der Compadrito Arturo gezeichnet und was alles die Protektion vermag. Señor Peña hat ausgezeichnet gespielt, wie überhaupt Alle. Der Autor wurde verschiedene Male hervorgerufen und unter grossem Beifall hielt er eine kleine Rede, aufmunternd, gegen die Ungerechtigkeit zu kämpfen. Von den Galerien schrie man: «*Abajo la decadencia republicana*». Sicher hat noch nie ein Stück solchen Applaus erreicht. Das Teater war aber auch gut besetzt. Man hatte das Gefühl, nicht aus einem Teater zu kommen, sondern einen Blick in das Leben und Treiben in Buenos Aires getan zu haben, um dies Bild lange nicht aus der Seele zu verwischen. Dieser Dr. Dedeu muss ein tapferer Mann sein, der so dem Publikum die Wahrheit sagen darf.

Auch das Orchester spielte sehr gut.

Solche Stücke sind gewöhnlich die Vorboten sich vorbereitender Umwälzungen. Anno 1890 brachte unser Freund Onrubia ein Volkstück auf die Bühne, worin die Figur Michels (nicht des deutschen) so scharf gekennzeichnet war, dass die Polizei die Weiteraufführung verbot. Ein paar Tage später war die Revolution da. Man sollte *EL PECADO ES LA MISERIA* in allen hiesigen Teatern aufführen, der Effekt wäre sicher ein gewaltiger. *Allons enfant de la patrie...* . Heute Abend Wiederholung dieses Stückes.—G.

(De *Argentinisches Tageblatt* del 26).



